3 1761 07963529 8

Vicuna Mackenna, Benjamin
Una excursión

CT
184
V53

BIBLIOTECA HISPANO AMERICANA
A. BETHENCOURT E HIJOS, EDITORES.

UNA EXCURSION
Á TRAVÉS DE LA
INMORTALIDAD

POR

B. VICUÑA MACKENNA.
(CHILENO.)

CURAZAO.
A. BETHENCOURT E HIJOS, EDITORES.
1889.

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA
A. BETHENCOURT E HIJOS, EDITORES.

UNA EXCURSIÓN

Á TRAVÉS DE LA

INMORTALIDAD,

O SEA

REMINISCENCIAS DE LOS GRANDES HOMBRES QUE EN EL CURSO DE MI VIDA HE CONOCIDO EN EL NUEVO Y EN EL VIEJO MUNDO,

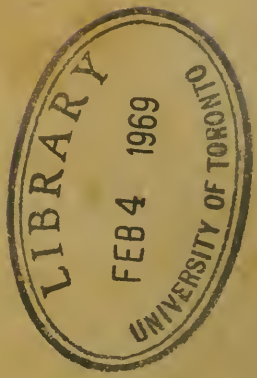
POR

B. VICUÑA MACKENNA.

(CHILENO)

A. BETHENCOURT É HIJOS, EDITORES.
CURAZAO.
1889.

CT
184
V53



Imp. de la Librería de A. Bethencourt é Hijos—Curazao

UNA EXCURSIÓN

Á TRAVÉS DE LA INMORTALIDAD.

[A LA SEÑORITA

MARIA LUISA MANTEROLA GOYENECHEA]

EN AMÉRICA.

"Le pays sont ses grands hommes."—(*Lamartine.*)

I.

No sabemos hasta qué término pueda ser cierto para los demás el apotegma de Lamartine, según el cual "los "países no son sino sus grandes hombres;" sentencia que el gran poeta del siglo (superior en el lirismo á Byron y á Víctor Hugo), hubo de pagar con la vida en un duelo, cuando, como Dante, declaró en Florencia que el último de los romanos

había sido Rienzi, tribuno del pueblo, como Mazaniello en Nápoles.

Pero respecto de nosotros, que aprendimos de memoria en la primera juventud ese dicho verdadero, porque es sublime, hémoslo reconocido como guía en nuestras continuas peregrinaciones por el ancho mundo y en nuestra propia casa, que es comparativamente estrecha y de suyo chica.

Y tan cierta y tan fija es esa ley de la inmortalidad en el espíritu humano, que lo que más profundamente y más de prisa interesa al viajero en las grandes ciudades antiguas ó modernas, no es el desfile de sus grandiosos monumentos, sino las severas estatuas de sus hombres ilustres, sus moradas, las calles mismas donde, en la ciudad ó en el campo, habitaron ó nacieron. ¿ Quién no ha visitado, por ejemplo, la casa de Miguel Ángel, en Florencia ? ¿ Ó la residencia favorita de Voltaire en Ferney, á orillas del lago de Ginebra ? ¿ Ó el pequeño hotel parisiense en que, siendo joven, vivió Napoleón I, en la calle de las Victorias, de París ? ¿ Ó la concha de galápago que sirvió de cuna á Enrique IV, en el castillo bearnés de Paul ? ¿ Ó el severo sarcófago de Wáshington á orillas del Potomac ? Las tumbas mismas devuelven así la vida de la inmortalidad á los grandes seres que, convertidos en deleznables cenizas, ahora las ocupan, siendo por esto hoy materia de nacional y merecida controversia en el

Nuevo Mundo, el pedazo de plomo que se dice contiene, dentro de un muro de la catedral de Santo-Domingo, el polvo humano de Cristóbal Colón, su descubridor.

¿ La humilde mansión de Arturo Prat en Santiago no es ya, por ventura, escuela, es decir, pórtico, para ser mañana santuario ?

II.

No fuimos nosotros llamados á la vida, en un rincón remoto de este mismo mundo que comienza á orillas de la Atlántida de Platón, en días en que nos hubiera sido dable reconocer á su paso en el perenne desfile de la inmortalidad, á muchos de los altos espíritus con quienes el hecho grande y memorable de la independencia nos había puesto, desde el primer albor de la existencia, en misterioso contacto de amor y de veneración. O'Higgins había muerto oscurecido, casi desfigurado, en Lima ; San Martín desapareció en Bolonia como una sombra en la víspera del tiempo en que llegábamos á su propia mansión á interrogarlo ; los Carreras fueron extraídos del sitio maldito de su suplicio antes de nuestros póstumos careos ; Manuel Rodríguez no yacía ya con su pecho agujereado por aleves balas en el rústico cementerio de Tiltil ; si bien á todos nos fué dado, en días de generoso esfuerzo, levantar en el libro ó en el mármol algún tributo de admiración profunda por

la fama de esos grandes hombres, columna de fuego que guía en lo alto las inciertas modernas edades. Quedaba así confirmada la creencia sagrada de la niñez y de la edad madura, esto es, antes de los innatos entusiasmos del alma, y después, mucho después, de sus irremediables desengaños.....

Las peregrinaciones antiguas de los creyentes al Santo Sepulcro, que en un tiempo armaron la Europa entera por el rescate de su tumba, no nos ha parecido por esto menos dignas de respeto que las cruzadas del alfanje al sepulcro de su profeta; y nosotros mismos nos sentimos hoy orgullosos de poder ser enumerados entre los hijos de esta extremidad de los Andes (cuya cúspide central es el Chimborazo) que hayan ido á ponerse de rodillas en el pavimento de la humilde alcoba, en la cual, junto al mar Caribe, exhaló Bolívar su último suspiro, en San Pedro Alejandrino.

III.

No fué por esto sin un indeleble sentimiento de veneración que nosotros en nuestro propio hogar reconocimos el severo perfil del ilustre general Zenteno, ya anciano, enfermo y casi trémulo en sus pasos, presidiendo, á la luz de candiles de sebo, la cámara de diputados en 1845-46; y asimismo sentíamos embargado de respeto el ánimo infantil cuando cada tarde veíamos atravesar

por nuestro barrio, cercano á los tajamares, las venerables figuras de los generales Lastra y Calderón ó del magistrado Echevers, tres hombres esencialmente buenos, es decir, ilustres, porque fueron esencialmente probos y pobres.

Análoga emoción apoderábase de nuestro pecho cuando, entrados ya en la entusiasta pubertad, nos encaminábamos á un rincón de la Chimba á oír de boca del noble y fiel coronel Vidal, Ministro de la Guerra á la sazón, la lastimosa historia de los Carreras, de quienes él fuera abnegado compañero en el destierro; ó cuando sentados en el mismo humilde sofá de junquillo al lado del general Las Heras, general de tres repúblicas, sentíamonos magnetizados por la mirada de fuego del gran soldado, al narrarnos las hazañas de San Martín y de sus lugar-tenientes en Maipó y Chacabuco; ó cuando, por último, con el derecho que da la indulgencia á la juventud y al parentesco, escuchábamos en las tranquilas noches del invieno, al rededor del paterno bracero, la relación de las proezas heroicas del general Freire, contadas por él mismo con la naturalidad del alma y la indecible modestia de los verdaderos héroes; ó todavía cuando, acogidos cada domingo á una hora fija (las cuatro de la tarde), en su solitario estudio y con inacabable benevolencia, éramos recibidos, hace 20 años, para escuchar los últimos consejos y los últimos estímulos del ve-

nerable Bello, de cuyos hijos habíamos sido discípulos.

IV.

Es asimismo grato para nuestra remota y desasosegada niñez el recuerdo de haber visto entre las toscas prensas del VALDIVIANO FEDERAL, en la calle del Estado, envuelto en su ya envejecida capa de tribuno popular, al insigne Infante en el último año de su vida, ó el haber contemplado con su traje peculiarísimo, afirmado á un pilar de sus corredores en la calle de la Catedral, al filántropo don Domingo Eyzaguirre, hombre santo que hoy tiene por altar una estatua ; ó cuando, en remota niñez, solicitábamos y obteníamos el auxilio de un venerable prelado de la iglesia chilena, amado y querido de los niños como Cristo, que posee hoy también la inmortalidad del mármol, para encumbrar nuestros "volantines" en los amplios patios de su Casa de Ejercicios, en cuyo huerto más de una vez le encontramos orando de rodillas como á los patriarcas de la ley antigua.

V.

Á todos esos hombres verdaderamente grandes conocí en mi patria, en medio de innumerables y pretenciosas mediocridades que el falso prisma del éxito pasajero ó del silencio estudioso y taimado coronaba de falsos relumbrones,

que la fosa niveladora no ha tardado en extinguir.

Pero no es ni de aquéllos que fueron pocos, ni de los últimos, tan numerosos tal vez como las arenas de la playa en que escribimos, no es nuestro propósito por hoy hacer mención en esta página de memorias, porque ella sería demasiado estrecha, ó trocaríase en tarea inútil duplicarla, después de lo que otros por su fama han hecho, sino de los hombres verdaderamente célebres en el mundo, que en lejanos climas nos ha cabido en suerte encontrar en nuestro sendero ó divisar siquiera en lontananza, como lampos.

Hácese así más leve y tal vez más amena nuestra empresa, libre de controversias y de émulos, y es eso lo que pondremos por obra, sin agregar países, ni condiciones, ni siquiera fechas, en un espacio de cerca de cuarenta años, que es más ó menos la duración cabal de nuestra facultad de recordar con los ojos y con el alma.

VI.

En California, primera tierra forastera que nos fué dado pisar en prematuro destierro (porque después, á su tiempo, vinieron muchos otros), no conocimos ni oímos hablar sino de enjambres de seres pequeños, encorvados en el rebusco y el afán del oro, siendo el hombre de mayor talla que personalmente

conocimos un tal Martínez, que había sido cocinero de una opulenta familia de Santiago, y que á este título nos dió de comer en San Francisco. Más tarde volvimos á hallarle casi millonario en Nueva York, donde se había hecho propietario del famoso hotel y café de la Casa Dorada (*Maison Dorée*).

VII.

En Méjico, que atravesamos de banda á banda, de Acapulco á Vera-Cruz, montados en recia mula y con el fusil á la espalda en el espacio de cerca de doscientas leguas, la misma escasez, la misma esterilidad. Imperaba entonces en aquel país, tan desdichado como hermoso, un caudillo indígena, el general Álvarez, llamado "el tigre del sur," del cual Comonfort, mediocre empleado de la Aduana de Acapulco en aquel tiempo, sería su teniente y favorito. Juárez era todavía un abogado oscuro. Miramón mandaba una compañía; al paso que Santa Ana, con su pierna quebrada, hallábase aislado en su casa amarilla, como su alma y como la fiebre, en la bahía de la isla de Santo Tomás. En realidad, de todos los hombres conspícuos que dieron más tarde celebridad y luto á aquella tierra, sólo conocí algo después al desdichado Maximiliano, á quien, siendo simple archiduque de Austria, ví un domingo en el paseo de Milán manejando airosamente un elegan-

te *breque* á cuatro caballos, en medio de las salutaciones de sus súbditos, que él correspondía gentilmente sin soltar las riendas de sus briosos corceles. Un arte gimnástico, que es tan indispensable á los príncipes como á los soldados la marcha, es el arte de saludar.

VIII.

Pasé así, desconocido por entre desconocidos, por las tierras calientes y la alta meseta de Méjico. Pero no. En la ciudad mediterránea de Tepecuacuilco saludamos de paso á una chilena, una señorita Sánchez, de Valparaíso, que en aquel páramo tropical parecía reflejar en el límpido verde de sus ojos los campos de la amada, ausente, pero no olvidada patria. ¿Ha habido por ventura algún chileno que haya olvidado á Chile?

Algo más tarde, un marinero chileno, que por picado de peste (esta marca casi universal de la imprevisión de nuestras leyes) y por el — "¡patrón!" del saludo, cantaba su nacionalidad, llevónos en su bote al castillo de San Juan de Ulúa. Este mismo paisano, que pertenece en esta revista á la serie de los hombres que, siendo oscuros no son chicos, contónos que en la boca del Missisippí existían otros dos chilenos, marineros, como el almirante Monroy, de Cochrane y de Grecia, que se ocupaban de estos al parecer incoherentes ejerci-

cios: el uno de pescar ostras y el otro de cultivar camotes.

IX.

Sucedió de esta manera que sólo en Boston, esta Atenas del norte, según llámanla sus propios hijos, saludamos al primer hombre que ha sido proclamado universalmente grande por su talento y por sus desdichas, á Guillermo H. Prescott, el historiador de Isabel la Católica y de Felipe II, de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro.

Mr. Prescott, por un accidente del colegio, era ciego ó casi ciego, como Gambetta, desde su niñez; pero á fuerza de perseverancia había logrado, como Agustín Tierry, que sufrió igualmente largos años esa cruel enfermedad, escribir una serie de admirables libros que hoy se leen en todos los idiomas conocidos. En su aspecto exterior, nada traicionaba su aflicción, y al contrario, era Prescott, hombre bellísimo, alto, de rostro plácido y hermoso, afable en su trato y vestido con suma elegancia, á estilo de *gentleman* inglés, y aunque frizaba entonces en los sesenta años, mostrábase todavía airoso y caballeresco en su porte y en sus maneras. Le visité en dos ocasiones en abril de 1853, y su cortesía conmigo, sin más título que ser americano del sur en el gabinete del trabajo de un hombre del norte, llegó al punto de escribir en mi presencia algunos pen-

samientos con el aparato que le servía para suplir el uso de la vista, cuyo curioso manuscrito conservo todavía (no obstante continuas y villanas depredaciones) con orgullo. Deberé agregar aquí que Don Andrés Bello manifestaba por Prescott una admiración profunda y tal vez excepcional.

Trabé asimismo un día, en Boston, conversación de visita con un hombre que tenía fama de grande, tan sólo porque era chiquito, Teodoro Parker, un sectario, es decir, un ciego de alma, como Prescott éralo de la vista, que había escrito unos cuantos volúmenes místicos de controversia teológica que nadie leía. Era calvo, meticuloso, muy pequeño de cuerpo, y por lo que preguntó de mi tierra, mostróse profundamente ignorante. Había leído tal vez á Ercilla ó á Molina, traducido por Alsop al inglés, y no pude persuadirlo, como monseñor Eyzaguirre al obispo de Siena en Toscana, de que yo no era araucano como Galvarino, Colipí ó Catrileo, sino chileno como los hay de á ciento en carga.... El teólogo Parker me pareció, por consiguiente, el primer grande hombre chico que encontré en mi juventud. El célebre sabio bostonense, me miraba á cada momento de reojo á través de sus gafas para divisarme tal vez las indígenas escondidas plumas, como el obispo italiano al clérigo chileno ya nombrado al poner visto bueno á sus dimisorias....

X.

Llamado por la carrera en que me ensayaba (que no era la teología), á conocer y á tratar hombres de letras ó simplemente hombres de prensa, visité en los talleres de su imprenta (*La Tribuna*, de Nueva York) al célebre Horacio Greeley, que había sido cajista, y obtuvo, algo más tarde, varios millones de sufragios para presidente de la Unión. Era entonces Mr. Greely un hombre de 42 años, de rostro sumamente dulce un tanto trabajado por las fatigas de las luchas que la pobreza impone á los que en sus propios zapatos viajan y suben; y aunque en aquella época era ya millonario, vestía como simple artesano, cubriendo sn anticipada calvicie con un enorme sombrero de paja de la India. En el momento de presentarle un billete de introducción se hallaba frente á una caja de tipos, esto es, junto á un *burro*, con un componedor de fierro en la mano, formando su galera, como el último aprendiz de la imprenta, y aunque su traje de obrero le habría hecho parecer á cualquiera un pobre diablo, casi un mendigo, convidóme á pasar el próximo domingo en su mansión de campo, que era un palacio, así como el del famoso dueño del no menos famoso diario *El New York Herald*, Mr. James Bennett.

XI.

Era este último un anciano de cerca de 70 años en 1866, tipo escocés, seco

y árido, pero con un aspecto de simplicidad en su trato y costumbres que le hacía atrayente. Tenía este hombre astuto, que llegó á los Estados Unidos á pie descalzo, como el archimillonario Alejandro Stwart, tres palacios y otros tantos millones en oro. Su imprenta era un palacio, su casa en la Quinta Avenida otro palacio y su quinta en Fort-Wáshington, á dos leguas de la ciudad, río Hudson arriba, otro rústico palacio. En esas tres regias moradas ofreciónos cordial y casi generosa hospitalidad, poniendo desinteresadamente su poderoso diario al servicio de Chile, sin exigir la menor retribución. Su mujer, que era escritora, y fumaba cigarrillos, se contentaba con algunos ramos de flores entrelazados con atados de cigarros simulando camelias, trabajados por las expertas manos de las floristas norte-americanas, que en este arte hacen cosas verdaderamente primorosas. El único hijo de ambos, el hoy opulentísimo y simpático James Gordon Bennett, que viaja á Europa en sus propios vapores y ha tendido un cable á través del Atlántico para su propio uso, era en aquel tiempo un muchacho un tanto rudo, pero franco, varonil, resuelto, dejando ya entrever muchas de las levantadas cualidades que hoy le han hecho popular. El día que pasé en su quinta de campo, Mr. Bennett padre, se entretuvo todo el día en jugar con un loro de Sumatra. Era domingo. Al siguiente día

y toda la semana y todo el año, lo ví entretenerse en la ciudad con otro loro, es decir, con su diario.

XII.

Conocí también en Boston al célebre filósofo y pensador Émerson, que nos hizo el honor de una espontánea y cortés visita en el hotel Tremont, donde nos hallábamos hospedados en el verano de 1866 junto con mi antiguo y querido amigo Maximiano Errázuriz. Era Mr. Émerson, como Prescott, un hombre de sesenta años, alto, pálido, delgado, de fisonomía tranquila y tenía un aire un tanto distraído, aire de filósofo. Parecía hombre de pocas palabras, un tanto "frión", y en el conjunto de su persona, el ilustre autor de los *Hombres representativos* (según el cual cada hombre encarna una época), ofrecía una notable semejanza física con el publicista colombiano Don Florentino González, que por el año 1860 fué nuestro huésped en Chile.

XIII.

Otro hombre altamente reputado en Boston era por esos años Mr. Andrews, gobernador del estado (Massachussetts) á que aquella noble é intelectual ciudad sirve de capital y casi de santuario. Era "governor Andrews" (que en los Estados Unidos cada cual que ha tenido oficio conócese sólo por su título oficial y los demás por el alfabeto intermina-

ble de las iniciales de sus nombres), era, decíamos, el gobernador de Massachussetts durante la guerra de la gran rebelión, un hombre excesivamente chico, blanco y gordito, con una bonita cabeza rizada y un rostro blando de facciones tan delicadas que, con cualquier disfraz, lo habrían tomado por mujer. Pero durante la terrible lucha reveló una formidable energía, y lo que era harto más difícil y más raro, una inquebrantable integridad. Mostróse muy adicto á Chile, y murió poco después, para ser sucedido en su curul de magistrado por uno de los más grandes bribones de estos tiempos, el notorio Benjamín Buttler, el de las cucharas de plata de Nueva Orleáns y el de los cañones de hierro de Valparaíso, que pasa todavía entre los confederados del sur como el Hainau austriaco, azotador de mujeres.

XIV.

No alcancé la fortuna de conocer en la Atenas del Norte ni á Ticknor, íntimo amigo de Prescott y autor de la vida de este historiador eminente, ni á Longfellow "hombre largo" (y era corto), que vivían en Boston, y á quienes, entre otros, el bondadoso Mr. Prescott citó una noche á su casa para honrarme con su conocimiento, invitación que un cruel resfrío, tributo de inexperto viajero, en la frígida ciudad calentada artificialmente, desbarató con har-

to dolor mío. Pero en Nueva York en más de una ocasión estreché la mano del poeta que con el inspirado Longfellow disputábanse, unidos, empero, por noble amistad personal, desde hacía treinta años, la palma de los aplausos en los juegos olímpicos del laúd.

Era Cullen Bryant, un respetabilísimo anciano, de cabeza y barbas blancas como la nieve, tal cual pinta el arte y la tradición á los antiguos bardos escandinavos, al paso que su alma respiraba juvenil entusiasmo, así como su palabra y sus generosas acciones. Fué en la guerra con España uno de los más ardientes amigos de Chile, por la sola razón de que el último era el débil y el agredido; pero desgraciadamente un golpe, al abrir una puerta, le mató poco más tarde. Longfellow le sobrevivió diez años.

XV.

Era la época de que hablamos la del final de la guerra de rebelión de los Estados Unidos, comenzada en 1861 y terminada en 1865, tiempo de guerra en todas partes: guerra en Chile, guerra en Méjico, guerra en Paraguay, guerra en Alemania (Sadowa), guerra en Italia (Lissa y Custozza), guerra en todo el mundo; y conforme á la teoría de Émerson, debían brillar por todas partes sus hombres representativos. Y, en efecto, nosotros conocimos desde su iniciador, el mayor Anderson, que man-

daba el fuerte Sumpter en la bahía de Chárleston, cuando el general Beauregard disparó el primer cañonazo contra esa leal fortaleza en abril de 1861, hasta el general Grant, que quemó sus últimos cartuchos en torno á Richmond. Parecióme el primero un hombre sencillo y en extremo modesto. Era ya general, pero entró á un ómnibus como cualquier hijo de vecino, y con talante demasiado humilde para ser iniciador de una lucha en que pelearon cuatro millones de hombres y durante cuatro años incesantemente.

XVI.

Algunos años antes había yo conocido en Nueva York al famoso general Wínfield Scott, el hombre representativo de la guerra americana contra los ingleses en 1812 y en la guerra contra los mejicanos, 1846, héroe de cien batallas, desde Chipewa (1814), en los lagos del Canadá, á Churubusco, en las puertas de la ciudad de Moctezuma (1847). Su aspecto era el de un titán. Tenía á la sazón (1853) cerca de setenta años, pero se mantenía recto y macizo como los troncos de uno de esos árboles gigantes que hoy se admiran en los bosques de California y de Australia, donde alcanzan á la altura de 500 pies (¡cuadra y media!)

Mi asiento de mesa en el hotel *Metropolitano*, de gran celebridad en esa

época, estaba frente al suyo, y no cesaba de mirarle admirando su aspecto de soldado y su excesiva llaneza de *gentleman*, aun para comer. Poco se cuidaba el general de los utensilios destinados á suplir los dedos, y esto era entonces común en los Estados Unidos, aun para reemplazar en ciertos actos el pañuelo en las narices y la servilleta en los labios. Por lo demás, era un hombre venerable, y cuando le nombraron para llevar la guerra á su nativo estado de Virginia, puesto en armas contra la Unión, retiróse á morir exclamando :—"Dejadlos ir en paz !"— expresión que le costó su popularidad entre todos los Estados del norte. El ilustre Lee, el verdadero genio militar de aquella guerra, virginiano como él, condenando la rebelión, pero fiel á la bandera de su suelo, fué más franco y más resuelto, porque desenvainó la espada por Virginia y consumó por ella hazañas inmortales.

Por un raro caso cúpome asistir, en cierta manera, á la muerte del general Scott, porque, hallándome de visita en la Academia Militar de West Point, que es uno de los lugares más pintorescos de aquella región, á orillas del río Hudson, no lejos de Nueva York, al llegar á una serie de aposentos privados, alguien me dijo torciendo el camino :

— Venid por aquí, pues en esa pieza está agonizando el general Scott.

Y en efecto, en ese mismo día (abril de 1866) el gran guerrero expiró. Re-

cordaremos aquí también que la nave capitana que trajo al general Carrera de los Estados Unidos en 1817, llamábase en época tan lejana *El General Scott.*

XVII.

Naturalmente, y como la guerra civil acababa de terminar en mi último viaje á los Estados Unidos, hube de conocer á muchos de sus más famosos vencedores: á Grant, que se me presentó sólo como á una estatua de carne y á Sherman, que me pareció por su figura la encarnación del genio. Era éste un hombre alto, bien compartido, de semblante un tanto melancólico y pálido, boca enérgica, frente sublime, dentro de la cual el pensador vivía en desahogado consorcio con el caudillo, el espíritu junto con la acción. Halléme presente en la acogida pública que el Congreso le hizo al regresar de sus victorias, y especialmente de su gloriosa marcha en más de 500 leguas desde el Mississippí al Potomac, con más de 100,000 hombres, y cuyo explorador á la cabeza de 14,000 caballos, fué el valiente Kilpatrick, muerto en Chile. Nunca he visto una recepción más calorosa, más espontánea, más noble. Todos los diputados, puestos de pie, batían las manos, y levantándose el Presidente de la Cámara, Colfax, le ofreció su propio asiento, que el vencedor, pronunciando unas pocas palabras de gratitud, rehusó, sentándose á su lado.

XVIII.

Me pareció el general Sherman en esa ocasión, y en todas las de su vida militar, sumamente simpático. No así el general Grant, á quien sus compatriotas, por disimular su taimado mutismo, han dado en llamar "Guillermo el silencioso." Era este último en 1866 un hombre de cuarenta años, de poco cuerpo pero fornido, colorado como una grana, ojos pardos, entrecejas tupidas, que revelaban la obstinación, callado como una banca, porque observé en un baile (*reception*) dado en su honor en Wáshington por el presidente de la corte suprema, Salomón Chase, que aunque muchos le dirigían la palabra, á nadie contestaba.....

Para mí, el general Ulises Grant fué un hombre representativo de su época, en el sentido que encarnó la fuerza del bando bajo cuyas banderas valientemente militó. El Sur nunca llegó á tener, ni con mucho, sobre las armas más de 600,000 soldados, y el Norte dispuso de cerca de 3.000,000; por manera que echando sobre las siempre escasas tropas de Lee, de Jackson Stonewall y de Sidney Albert Smith (muerto éste en batalla como Stonewall, y de quien Jéfferson Davis ha dicho que fué el verdadero genio militar de la guerra, en injusto agravio de Lee), era natural que los más, viniendo siempre en masas sucesivas é inagotables, habían de aplastar á los menos; y esto fué precisamente lo que aconteció

en las carniceras batallas de las Soledades (*the Wílderness*), en que Grant, abrumando siempre á su impertérrito rival, perdió 30,000 hombres desde el 5 al 30 de Mayo de 1865, precipitando así la caída de Richmond. Si Grant fué, (á nuestro juicio, porque nosotros decimos sólo lo que pensamos, *á la yankee*) si Grant fué un general elefante, Sherman fué un general águila y Shéridan un general halcón. Este último, como se sabe, es hoy el general en jefe del ejército de los Estados Unidos.

Por más que se diga, todo lo que ha revelado Grant en su carrera ha sido porfía y silencio. Por callado habría sido un hombre grande en Chile, sin que nadie se atreviese á disputarlo; pero analizada su vida militar, nada ha sido más lógico que su posterior desprestigio y su ruina, no como soldado sino como hombre. ¿Ha podido decirse otro tanto de Sherman, de Shéridan y de Mc. Pherson, que, según la opinión del Norte, formaban con Grant el cuadrilátero de sus grandes genios militares?

Que el frío criterio de la historia suceda al ruido pomposo de la muerte, y se verá.

XIX.

En la guerra de la gran rebelión tomaron las armas en ambos bandos no menos de tres millones y medio de soldados, de los cuales 2.700,000 pertenecían

á los ejércitos del Norte, y de ellos murieron 280,000 cayendo de éstos en los campos de batalla 96,000 y en los hospitales 184 mil. ¿Y cómo con semejantes pedestales, parecidos á los de Tamerlán, no habrían de levantarse cien colosos?

De estos últimos conocí yo principalmente á dos que ejercieron en mi ánimo imparcial una atracción poderosa: el general Meade, el salvador de la Union en Gettysburg, cuando Lee, después de haber pasado por segunda vez el Potomac, marchaba victorioso sobre Filadelfia y tal vez sobre Nueva York, quebrando la Unión en dos trozos. Fué esta batalla la más famosa y decisiva de la Unión. Duró tres días en una llanura abierta, y en ella sobre 145,000 combatientes (Lee 75,000 y Meade 70,000), quedaron 40,000 hombres en el campo de batalla, y de éstos 23,000 federales. Pero la rebelión encontró allí su Waterloo; y en efecto, por el número de las tropas, la naturaleza del terreno y sus resultados políticos, el sangriento campo de Gettysburg fué para la rebelión lo que la última gran batalla del primer imperio napoleónico para la fatigada Europa.

El general Meade, nacido por casualidad en Cádiz en 1804, era un hombre de muy buen aspecto: sus bigotes grises cubrían su boca un poco desprovista de dientes, y todo en él era de una sin igual modestia, casi de apocamiento. El general Thomás, á quien antes aludimos, que físicamente parecía su contraposición, y

había hecho su carrera y su fama en el Oeste, era la efigie verdadera de los cíclopes que yo había visto pintados en los cielos de uno de los palacios de la casa de Este en Italia. Su rostro, siendo muy hermoso para un hombre de guerra, recordaba á lo vivo el del león, y cuando marchaba sobre el espeso tapiz de los salones de Wáshington, parecía ir desgarrándolo, como si sus pequeñas espuelas de oro fueran garras. En mi vida había visto un tipo más arrogante, más soberbio, á la par que simpático, ni más cabal de soldado. Con excepción del general Las Heras y tal vez del mariscal Mac Mahón, no creo que en las batallas de medianía del siglo XIX (siglo más batallador que ningún otro siglo conocido), se haya presentado, á pie ó á caballo, un tipo más marcial. El general Thomás debió parecerse mucho á Bueras y tal vez á Freire, "el lindo Freire," según lo llama Juan José Carrera en una carta que conservamos inédita, cuando á los veinticinco años era aquél capitán de caballería. El general Thomás era un Dios Marte, no en pintura, sino en carne.

XX.

Había yo tenido antes ocasión de tratar personalmente al más cercano compañero en glorias (no así en fortuna) del general Thomás, al general Rosecranz, general de Chatanooga, quien, viajando de regreso de California, había navega-

do ocho días conmigo en el Atlántico. Lo que más nos llamó la atención en este caudillo poco afortunado, era su devoción. Siendo de extirpe alemana, tipo hebraico, pero ferviente católico, se hincaba en la cubierta del vapor *Henry Chauncey* en la mañana de los domingos, entre los soldados y marineros de proa, y en esa actitud, casi en éxtasis, cubierto con el grueso capote azul de su uniforme, que le daba los aires de un monje de la Edad Media, pasaba una hora entera murmurando sus plegarias, sin hacer la menor ostentación de piedad. Por su fe, el general Rosecranz era el Stonewall del Norte. Era hombre franco, afable, caballeresco ; hablaba de sus desgracias militares con dulzura y parecía profesar al generalísimo Grant cierta aversión, no sólo profesional, sino íntima, la misma que con poca magnanimidad le ha mostrado hace poco negando su voto á un compañero de armas que, como él, era ahora desgraciado, y que se trataba de llamar al servicio militar y á su sueldo que había perdido para ser dos veces presidente de su patria.

XXI.

En el orden naval, cúpome también la suerte de estrechar la mano del más ilustre almirante de la Unión del Norte, de Farragut. Es imposible que el hecho y las apariencias respondan menos á los lineamientos de la imaginación que la fi-

gura de aquel héroe que, antes de morir, recibió las ovaciones de toda la Europa, inclusas la de sus más orgullosos reyes. Hijo de un pobre catalán, tenía Farragut la figura humilde que nosotros hemos visto mil veces en Chile tras de la puerta de un despachero gallego ó extremeño. Era chico, "huatoncito" (perdóneseme la palabra porque expresa mejor la imagen total que otra alguna), moreno, un poco narigón, de ojos vivos y tan negros como sus dientes eran blancos y los mostraba graciosamente al sonreírse. Toda su expresión hallábase localizada, en consecuencia, en sus ojos y en su sonrisa que era sumamente atrayente y bondadosa. Nunca ví un hombre verdaderamente grande que en su busto lo pareciera menos. Era un Nelson en su bravura, y, sin embargo, habría podido pasar por un sacristán de las Claras ó de las Capuchinas de Santiago. Nunca diseñóse delante de mi retina un héroe verdadero con menos atributos físicos de tal, y aunque apenas podía imaginarme que ése era el hombre que había entrado á Mobila amarrado al palo mayor de su fragata almirante (la *Hartford*) para mejor dominar el campo de la terrible batalla en que el espolón y el torpedo hicieron su primera y espantosa aparición.

XXII.

En el arsenal de Brooklyn había conversado también con otro héroe naval de

los Estados Unidos, el capitán (hoy almirante) Worden, que llevó el primer *Monitor* al combate con el *Merrimack*, trabando el primero y terrible combate de blindaje contra blindaje, en aquella guerra fecunda en los inventos de la muerte. La semejanza del capitán Worden con el general chileno Escala me pareció notable. Por una rara coincidencia, conocí también al capitán Catesby Jones, que era segundo del *Merrimack* el día de la famosa batalla. Referíame este último gráficamente los detalles del encuentro, tales cuales los había presenciado á bordo de su buque, exactamente como el teniente Green, segundo de Worden, acababa de contar los del *Monitor*. El comodoro Jones vino á Chile en 1866, contratado para servir en la guerra, pero como en realidad, se trataba más de paz que de guerra en esos tiempos, volvióse á su casa en Mobila. Este valeroso oficial científico tenía un dedo volado en una prueba de fulminante en el arsenal de Wáshington, y allí le había conocido en 1853. Caso curioso, pues encontrándolo otra vez, tres años más tarde, reconocíle sólo por esa misma circunstancia, pues su fisonomía de subalterno se había borrado totalmente de mi memoria.

XXIII.

No en la cubierta de un monitor de fierro sino en los blandos y festivos estrados de Santiago, llevando airosamente en

sus brazos dulces beldades, ninfas del vals, conocí también al renombrado Cushing, mozo temerario que echándose á nado entre los olas, como si fueran éstas las candenciosas ondas de la danza, voló con un torpedo un fuerte acorazado rebelde, hazaña que le valió un voto especial del Congreso y dos grados á la vez en la parsimoniosa marina de los Estados Unidos. El ex-teniente y más tarde *comander* Cushing, era un muchacho alto, barbilampiño, rubio y de larga melena peinada hacia atrás, y cuando ejecutó su hazaña no había salido todavía de la menor edad. Tenía el joven marino algo de vago y de selvático en su rostro casi infantil, y en efecto, á los pocos meses de haber dejado á Chile, murió loco en Wáshington. Cuando le conocimos nosotros era huésped del general Kilpatrick, y á éste mismo le vimos muerto, recostado en su lecho, vestido con su medio uniforme azul (1881), como un combatiente que descansa después de la batalla, sonriente y plácido, tras de larga y cruelísima enfermedad valerosamente sobrellevada. Kilpatrick como diplomático era un niño; pero como soldado de caballería había conquistado el mismo renombre que Cushing en el mar. Ambos fueron dos adalides, y ambos demasiado jóvenes desaparecieron.

Tipos de buenos soldados me imaginé también fueron los generales (que en Chile llamábanse antes de *la pavana* y ahora *cucalones*) Banks y Logan, presi-

dente el primero (hombre de pequeña talla y ojos extraños, color verde esmeralda) de la comisión de negocios extranjeros del Congreso, en el que hacía altísimo papel, y el otro actual candidato derrotado á la vice-presidencia de los Estados Unidos con Blaine. El general Logan (hombre muy popular) es un indio de Norte-América ó parece serlo por su tez oscura y su mirada de fuego. Y de esta misma extirpe creíamos debía ser el famoso historiador Bancroft, anciano moreno y flaco, como el que más, á quien en una sola ocasión vimos en la librería de Appleton en Nueva York.

XXIV.

Conocí ó más bien divisé, asimismo, un grupo de políticos y politiqueros de los Estados Unidos que, á decir verdad, me interesaron dos mucho menos que sus hombres de espada.

Presencié, en efecto, la entrada triunfal del Presidente Franklin Pierce cuando, viniendo de su ciudad natal, donde era un abogado mediocre, á ocupar su asiento de presidente democrático de la Unión (el penúltimo presidente de su partido antes de Cléveland) pasó por Nueva York, en junio de 1853, en medio de una lluvia de verano que lo puso como una sopa en las anchas aceras del Broadway. Era un hombre pálido, de cabellos excepcionalmente negros y crespos, de suerte que, fuera de estas apa-

riencias de raza de hombre bien nacido y bien educado, no dejaba ver otra cosa, y así en cuatro años de gobierno no fué otra cosa. Llamóme entonces y ha seguido llamándome más tarde vivamente la atención la mediocridad y á veces la completa nulidad intrínseca de los presidentes de los Estados Unidos, á muchos de los cuales acontece que cuando se van de la Casa Blanca (como si fuera de la Moneda) á su propia casa, nadie les rinde culto, ni siquiera se oye hablar más de ellos, ni en mal ni en bien.

—¿Por qué no han hecho ustedes, decía yo en un círculo de Boston en el otoño de 1853; por qué no han hecho ustedes presidente á Daniel Webster?—cuyo busto de titán, recientemente muerto, veíase en aquel tiempo coronado de flores en todos los salones.

Y una señorita bostonense, tan bella como expresiva, que me escuchó, como si hubiese sido una pitonisa me contestó al punto:

—Era demasiado grande para ese oficio. Es preciso, añadió, que los presidentes de las democracias sean más ó menos nulos para que en torno suyo se junten todas las mediocridades en una sola, sin celos ni envidias para nadie, ni entre ellos mismos.

XXV.

Y tal vez la sacerdotisa de Boston tenía razón, porque algo más tarde cono-

cí en un besa-manos (que en la Casa Blanca son aprieta-manos) al presidente-sastre Andrés Johnson vestido con una levita que parecía cortada por sus propias tijeras de remendón de aldea y le llegaba (en un día de recepción obligatoria de frac) hasta las corvas.

El presidente Johnson era un tipo. Gordo, ancho de hombros, sumamente moreno, musculoso y recio de miembros, y tánto que cuando me pasó la mano como á los demás y apretó fuerte, me pareció que había intentado atracarme no sus medidas..... sino sus tijeras. En cambio su célebre ministro Seward (que ese me las tomó de veras y de cuero, queriendo meterme varias veces á la cárcel) era chico, bien chico, con su cara blanca y arrugadita, ojos como cuentas azules y chispeantes; al paso que uno de sus rivales, el famoso y rechazante Benjamín Buttler ya nombrado, y hasta hace poco gobernador del culto y riquísimo estado de Massachussets, causaba indecible impresión de disgusto al encontrar su vista glutinosa como la de las culebras, mirando desde adentro de sus gruesos párpados, que caían blancos é hinchados sobre sus mejillas, como si fueran los de un viejo chacal adormecido.

De muy distinto aspecto, en su porte despejado y su larga barba hasta la cintura, era el famoso ministro de la guerra de la administración Lincoln, Mr. Edwin Stanton, genio terrible, derriba-

dor de generales y de ejércitos, hombre de extraordinaria energía, brutal en sus modales, pero que salvó á su país con su arrojo en las responsabilidades y su espartana honradez personal. Su colega en la marina, Mr. Gilles, con su excesiva flacura y su barba blanca, era su antítesis: un santo al lado de la orgullosa personificación de Luzbel en la rebelión de Milton.

XXVI.

Entre otros hombres civiles de la Unión llamóme la atención mi propio carcelero, que había sido candidato á la presidencia, que entonces (1866) era fiscal, y de cuyo nombre no quiero acordarme, tal vez por pertenecer á los de los hombres chicos. Esta falta de memoria no nos impide sin embargo recordar el del sucesor y yerno, un tal Courtney, mozo chico y salvaje, que cuando alegaba conmigo y contra mí en la corte nunca se dirigía á ésta sino montado á caballo en el respaldo de una silla de palo, la que manejaba con suma destreza como si hubiera sido un experimentado amansador.....de silletas ó de silletazos.

En oposición á este grotesco personaje, que heredó ese alto puesto porque su suegro moribundo pidió este favor al Presidente de la época (como si esto hubiese acontecido en Chile), en oposición, decíamos á ese fiscal interino y jinete, el Presidente de la Corte Supre-

ma de la Unión, Salomón Chase, tenía una de las figuras más arrogantes de su nación, en la cual generalmente los hombres son altos y bien apersonados. Pocas veces he visto un magistrado que llevase con más dignidad su porte de rey-juez, y si alguien le hubiese puesto en la cabeza una corona no habría sido Chase sino simplemente "Salomón." Era un rey que administraba justicia como en Israel.

Tenía además una hija, la encantadora miss Chase, que muchos habrían querido partir en dos para dejar medio contentos á sus mil adoradores. Al menos esto pensaba alguien, cuando, teniendo ella á un lado, en las galerías del Congreso, al ministro de Chile, el día de la recepción pública de Sherman y al otro á cierto agente confidencial, el ministro habría deseado ser confidente y el último cualquiera cosa... En cuanto al presidente Colfax, que dirigía la sesión de aquel día con su mazo de palo, me pareció un habilísimo y activo martillero, que más tarde perdió, sin embargo, su crédito en los negocios para morir hace poco (mayo de 1885) sin reputación y sin amigos.

Generalmente, los hombres notables de los Estados Unidos, son *self made men*, según se llaman á sí mismos porque por sí mismos se hacen hombres encumbrándose al poder, al prestigio y á la fama por alguna cualidad sobresaliente del espíritu, por la perseverancia, por la au-

dacía, ó á la virtud de innato genio. Pero tampoco faltan en los Estados Unidos los hombres estatuas, los hombres callados, los hombres rutina que, dejados por la escasez de sus facultades tras de la puerta, la muchedumbre inconsciente é imbécil que pasa en tropel, llévaselos por delante y los va poniendo encima de todos los puntos culminantes que ataja su desalada corriente. De esta índole me pareció un tal Montgomery Blair, á quien en aquella época lo encontraban bueno para desempeñar todos los ministerios y á la sazón ocupaba el puesto de *Pos-master general.* Era un tipo de la insignificancia silenciosa y de la insuficiencia oficial, como se han visto á puñados en nuestros ministerios, después que éstos han sido barridos por el viento ó por la escoba. Alto, bien vestido, seco, llevando siempre frac, incapaz de consejos sino en monosílabos y tenido en consecuencia como un oráculo por... los tontos. Ése era Montgomery Blair.

XXVII.

Existía también en mi tiempo (1853) una verdadera colonia sud-americana, árbol de ingerto en el semillero vivaz de Nueva York, y sobresalían entre esos retoños del destierro el general Herrán, los tres hermanos Mosqueras (un general, un arzobispo y un diplomático), el poeta y caudillo Julio Arboleda, to-

dos hijos proscritos de la Nueva Granada y formando una sola familia. El general Páez y el escritor Nadal (después redactor del *Mercurio*) eran desterrados de Venezuela; el guatemalteco Irisarri lo era de todas partes. Y así contábanse otros muchos de menor cuenta, como Antonio Ferro, joven bogotano de hermosas esperanzas que la muerte no hace mucho ha tronchado, y el ilustre escritor Torres Caicedo, que á la sazón había ido al Norte á extraerse una bala alojada en su cuerpo (que no era grande) en un lance de honor, ó más bien, de política, que suele ser la negación del honor.

XXVIII.

Formaba el núcleo del grupo peruano de la pequeña colonia sud-americana en la vasta y agitada masa norte-americana de la ciudad de Nueva York en esa época (1853), la señora Ángela Tracy, amable limeña, casada con un terco yankee, y la interesante familia hija de aquel enlace, á la que por esos días se habían agregado dos preciosas niñas. Fué una de éstas la señorita Adelaida Larrañaga, retrato acabado de la verdadera limeña: mórbida, delgada, un tanto pálida, de cutis y ojos de terciopelo, hermosa como un ángel, graciosa como.... una limeña. Por ser fiel á su primer amor en su hogar, rehusó la mano de un cubano millonario, llamado Iznaga, que hoy luce con esplendor sus millones, y

volvió á Lima á cumplir sus votos, haciéndose esposa feliz y madre de nobles hijos, fieles como ella. Su primogénito tomó las armas y cayó en el sangriento campo de Miraflores para ser llevado á prematura tumba encima de su broquel. Causónos esta desdicha un dolor sincero, porque las simpatías de la juventud suelen prolongarse más allá de todas las animosidades humanas, especialmente cuando es una madre la que llora.

La otra niña, que parecía el extremo opuesto de la melancólica desposada, viva, retozona, espiritual y coqueta, era hija de un mercader italiano. Su nombre era el de Olivia. Tenía una voz divina, y fué la misma notable artista que con el nombre de Sconcia encantó diez años más tarde á Santiago, interpretando maravillosamente, y mejor que ninguna mujer que haya pasado los mares en dirección de estas playas, á Margarita Gauthier en *La Dama de las Camelias* (*La Traviata.*)

XXIX.

Los representantes de Chile éramos sólo dos, porque el arte, ó como es más exacto decir, la pasión de los viajes, más allá del Mapocho ó la Alameda, se hallaba por esos años de las onzas de oro, en ciernes en Santiago. Pero como si la represa se hubiera desbordado de repente, llegaron casi á un tiempo una docena de "paisanos," título por el cual

nuestros compatriotas se conocen entre sí en el viejo mundo, como en el nuevo eran *cumpas*. El digno señor Larraín Gandarillas, entonces simple clérigo, hoy prelado, con varios de sus hermanos y sobrinos; los dos hermanos Tocornal; Don Manuel Beauchef; los señores Francisco Echeverría y R. Undurraga, todas aves de pasaje en camino hacia la Europa, figuraban entre los recién llegados. Desde entonces, y con sobrada razón, Nueva York se hizo antes de la horrible edad del mareo austral dentro de los crueles vapores del Estrecho, la posada obligada, el agradable Curacaví de los Chilenos en la mitad del largo y fatigado camino de los dos mundos.

XXX.

Volviendo á la colonia colombiana, que era con mucho la más numerosa, porque era colonia de desterrados, semejante á la que fundó á Venecia en las lagunas, su jefe ostensible, el general Herrán, expulsado hacía poco de la presidencia de su patria, parecióme un hombre serio, firme, honrado y valiente, porque era modesto, siendo su físico, salvo el aditamento de las canas, un perfecto trasunto del caballero de la Mancha. Vivía con su suegro, que era mucho menor que él, el famoso general Mosquera, á quien, á su vez, tomé por uno de los más genuinos trasuntos de los caballeros errantes, cuya vida solía leer Don

Quijote, "pasando las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio." Era Mosquera una especie de enjuto Amadis de Gaula ó Tirante al Blanco, que tenía la pasión y la manía de las hazañas militares, hasta que en Cuaspud (1862) el general Flores lo curó radicalmente de su locura.

Pasaba el general la mayor parte del día escribiendo con estilo de plomo, como las balas, sus memorias, si bien nos parecía que Don Antonio José de Irisarri, su vecino de barrio y comensal de su casa, desempeñaba allí el oficio de Voltaire en Postdam.

XXXI.

De sus dos hermanos, el arzobispo, desterrado por el rogismo come-clérigos (que éste es el principal apetito de esa secta), parecía un sujeto grave y tranquilo, físicamente muy parecido al eminente obispo Salas, este batallador místico, nacido á orillas del templado Cachapoal, de ponderadas aguas como el Jordán, con una alma y un aspecto que recordaba á los trópicos, bajo cuyos rayos el tranquilo arzobispo de Bogotá había pasado sus días y recibido la primera imposición de las tijeras. Eran dos prelados ilustres que habían nacido con las mitras y los climas trocados.

XXXII.

Habitaba también á la sazón en Nueva York el caudillo é insigne poeta Ju-

lio Arboleda, cuyo poema épico, *Gonzalo de Oyón*, muy poco conocido en Chile, es uno de los monumentos más conspicuos del genio y de la lengua de la América latina.

Como carnadura y formas físicas, era aquel mozo un antítesis de sus deudos los Mosqueras, porque su fisonomía profundamente acentuada, encendida, con una nariz abultada y con las líneas del pico de las aves bravas, caracterizaba al hombre de combate. Dicen que fué cruel, cruelísimo en la guerra, y por esto sus adversarios y parientes, no contentos con matarlo, lo descuartizaron. Indudablemente había en Arboleda la organización y elementos para constituírle en un grande hombre, especialmente en medio de las mediocridades de que vivía rodeado en el destierro. En el temperamento, en los ojos audaces, en la nariz corva como un alfanje turco, algo se le parecía al anciano guatemalteco que ya hemos nombrado y cuyo retrato físico y moral omitimos aquí cuando ha muerto por haberlo hecho ya á lo vivo, estando él vivo.

XXXIII.

Hemos nombrado antes al general Páez, dos ó tres veces presidente de Venezuela, cuando era ésta una nación, y todavía recordamos con orgullo haber tratado con cierta intimidad á aquel honrado y valiente llanero, que Bolívar, no amáudolo, tanto admiró. Era ya ancia-

no, pero conservaba toda la enérgica actividad de los días en que, á lanza y lanza, rindió á caballo una escuadrilla española en el Apure. Hombre de poco cuerpo, moreno, de ojos de fuego, tenía la talla del general Flores, con mucha más abultada corpulencia; eran el uno frente al otro, el roble del Apure al lado del flexible bejuco de los charcos de Puerto-Cabello. Tan lacónico como era el otro verboso, referíanos con simpática y modesta efusión sus más afamados hechos de armas, y cuando estalló la guerra con España, escribiónos una carta oficial de considerable extensión y elocuentes frases, ofreciendo sus servicios á Chile, documento precioso del patriotismo americano, que debe andar por allí en algunos de los cajones del ministerio de Relaciones Exteriores, donde, "á la chilena," quedó sin contestación.

XXXIV.

Entre los venezolanos, que van á Estados Unidos como los santiaguinos á Valparaíso, hízose también encontradizo algo más tarde el diplomático Don Blas Bruzual, padre del valiente general de este nombre y por lo mismo hombre á la sazón tan anciano que debía frisar en los ochenta, cuando metiósele en su despoblado caletre, que blancos copos atados en mechas disimulaban, la singular fantasía de casarse con una yanquecita de catorce abriles, fresca como una rosa del Hudson, á

cuyo matrimonio ¡oh sacrilegio! asistimos en calidad de padrinos. Conforme al rito católico usado en la diócesis de Nueva York, los padrinos y madrinas fueron ocho, cuatro por banda, y en aquella ocasión que era una especie de sacrificio antiguo, desempeñaron el ministerio de las últimas las cuatro hijas del ilustre Juárez, que allí hallábanse presentes con su respetable madre una señora Mazza, de extirpe italiana, dama muy culta y hermosa. Esto no obstante, las cuatro hijas del gran caudillo mejicano conservaban en todos sus perfiles, en su color, en la talla, en el riguroso conjunto de una belleza particular, el más puro tipo azteca: de tal suerte que cuando vílas arrodilladas á mi lado, vestidas de sacerdotisas, con albas, túnicas y trasparentes tules, velando la cabellera de azabache, miré á todas partes del aposento, imaginándome estar divisando en su trono á Moctezuma cubierto con su riquísima armadura de vistosas plumas y á su lado, su general y príncipe el infeliz Guatimozín. Lo que parecía á todas luces evidente en aquella escena, era que la novia, tímida y juvenil, de pie, frente á frente del anciano diplomático, sin dientes, podía creer y decir, como el martirizado príncipe azteca su frase famosa á los verdugos que lo quemaban: "¿Estoy por ventura en un lecho de rosas?"

El arzobispo católico de Nueva York, monseñor Hugo Mackenna, prelado de

rostro dulce y evangélico, fué sin embargo el ministro de aquel tálamo sin hoguera, pero cuyas teas nupciales eran de oro...

XXXV.

No recuerdo bien si fué en ésa ú en otra ocasión de bodas cuando fuí por la primera vez presentado á dos generales de la América española, los cuales completaban el número de seis presidentes de dos naciones después de Páez, de Herrán, de Mosquera y de Julio Arboleda, todos desterrados. ¡Qué maravilla!

Eran aquéllos el general colombiano Don Eustorgio Salgar, Ministro de su país en Wáshington, un cumplido caballero y un general á la europea, que fué más tarde respetado Presidente de los Estados Unidos de Colombia. Era el otro, al menos físicamente, su antítesis, porque el general Don Santos Gutiérrez, que dejaba aquella presidencia para dirigirse de paseo á Europa, aparentaba la figura de cualquiera de nuestros artesanos decentes; moreno y de mediana talla en el cartabón del cuartel, pero decían que en el campo de batalla mostraba bravura sobrehumana. Era el Aquiles de aquella eterna Troya que no se apacigua todavía, y tenía el rostro lastimado profusamente por la viruela, como su cuerpo habría podido serlo por las balas. Era un hombre sumamente simpático, ó más bien, un buen muchacho que

había sido presidente. El general venezolano Level de Goda, que ha tenido el mérito no pequeño de no encanallarse sirviendo al dictador Guzmán Blanco, era el retrato, tal por cual, del contra-almirante Lizardo Montero, siendo naturalmente viva y constante la semejanza tropical de peruanos y colombianos.

XXXVI.

Pero si para la mayor parte de las secciones de Sud-América la hermosa Nueva York de aquel tiempo era un París, ó una antesala de París y de Babilonia, á quienes servía esa espléndida ciudad de peñón de Jersey y de refugio en su inacabable naufragio sin compensaciones de misericordia, era á los infelices cubanos que en sus calles pululaban como las hojas que el cierzo desgaja en el otoño. Naturalmente en la época de mi segundo viaje de propaganda contra España en 1866, hubimos de tratar con cierta intimidad á muchos de aquellos perseverantes patriotas, como que el levantamiento de Santa Clara, en junio de aquel año, precursor del ilustre Céspedes, fué el fruto de comunes esfuerzos. Céspedes, los Mora, Aldana, el coronel Masías, el portorriqueño Bassora, Juan Francisco Suárez, que pasó más tarde á Chile, encontrábanse unidos en un mismo intento, pero casi siempre desacordes en los medios de acción, condición fatal de nuestra raza.

Pero la imagen que más profundamente en mi alma y en mi memoria quedó grabada de aquel grupo, fué la del desdichado poeta Juan Clemente Zenea, este nuevo Plácido de la libertad cubana, á quien los españoles de Cuba (cosa de indecible crueldad!), habiendo ido de Nueva York con una comisión pacificadora y consentida, por sospechas de patriotismo, lo ahorcaron como á Plácido.

Era Zenea dulcísimo y algunas veces ardiente poeta, como el memorable mulato vate de Puerto-Príncipe. Su figura nada revelaba en él, porque su corteza hacía traición á su alma, siendo un joven endeble, feo, de gesto agrio, semblante proscrito en hombre que vivía tras de un pequeño escritorio de las migajas de la proscripción. Pero su alevosa muerte le trasportó en rápido vuelo y en las alas de su inspiración á los dinteles de la inmortalidad.

Imitando á Alfredo de Musset, el triste bardo había dicho antes de morir :

"Plantad, amigos, cuando yo muera
Un triste sauce en el cementerio."

Por mi parte, infeliz amigo, tu voto queda cumplido!

XXXVII.

Era en aquel tiempo, y en todo su conjunto, la ciudad de Nueva York una colonia de fenicios y de cartagineses de la

América del sur, que después se ha mudado á París por la brevedad y rapidez de lòs trasportes, sin que podamos decir que ni en el cambio de rumbo y domicilio ni en el cambio de los francos, haya ganado la juventud que estudia y asiste al nacimiento de un gran pueblo para buscar el contagio de otros que esconden su vejez en la fascinación de sus engañosos resplandores.

Pero todavía en el pasaje de un continente á otro, atravesando en el magnífico vapor *Pacífico* el Atlántico, de Nueva York á Liverpool, debían hacérsenos familiares como compañeros de cuarto, dos hombres ilustres de la América del Norte: el capitalista y empresario del Far-West, Mr. Ogden, que dejó en aquellas comarcas un pueblo próspero con su nombre y nos profetizó algo más tarde los días de Edison y de Bell, con muchas otras maravillas del porvenir que han ido realizándose. Mr. Ogden murió hace cuatro años, dejando varios millones; y sin ser espiritista ni cosa que se le pareciera, porque sólo era un negociante del oeste, tranquilo y afable, leía como los evangelistas en el futuro de la humanidad.

Trece años después de aquella navegación interoceánica (1866), volví á encontrar en Nueva York á Mr. Ogden sin más variación en su simpática fisonomía que la sombra, ó más bien, el claro oscuro de unas cuantas canas, esparcidas en su renegrida barba y cabellera. Tu-

vo esto lugar en un almuerzo que un rico capitalista, presidente de varios ferrocarriles de la Unión, se dignara ofrecernos después de una conferencia sobre Chile, en el *Club de de los Viajeros;* y como este caso raro de un segundo encuentro en la vida, lo he contado más tarde en otra conferencia escrita con el título de *La Profecía de Edison*, me limitaré á agregar que en aquella misma mesa sentábase también un hombre, no sólo de fama norte-americana sino de universal reputación. Referímonos á Mr. Burlingame, este Marco Polo moderno, revelador del Japón, que su genio había entreabierto á su patria y al mundo entero hacía entonces apenas doce años. Mr. Burlingame, caballero apacible, altamente educado, buen mozo, de atractivas maneras, hizo todo el gasto de la conversación de la sobre mesa, que duró algunas horas, mientras Mr. Ogden sólo hablaba para describir el mundo futuro, pensando que el universo actual, todo entero, no era sino un Japón, un poco más grande y oscuro que el remoto archipiélago de los mares del Asia.

XXXVIII.

El compañero de Mr. Ogden en el viaje veraniego del *Pacífico,* en julio de 1853, era otro espíritu superior que, sin metáfora, sólo había vivido en el fondo de los mares y reveládolos al mundo geógrafo y mercantil. Era éste el

famoso teniente Murray de la marina de los Estados Unidos, autor de la *Geografía Física del Mar*, y que siendo hombre ya célebre en todo el mundo científico y mayor de cincuenta años, era todavía teniente, como el astrónomo Gillis. Su estatura era menor que la de uso común de dar y recibir en el rebaño humano, un poco cojo, fisonomía pálida, frente preñada y ámplia como las olas del mar en que había visto deslizar su laboriosa existencia, arrancando sus misterios á las corrientes y á los vientos. Viajaba con su familia; y sus hijas, que eran bastante hermosas y rubias, como la cabellera del sol, al ponerse éste por las tardes, juntábanse en la popa del vapor á cantar himnos á Dios en medio de sus más gigantescos prodigios, el firmamento y el mar que lo refleja.

XXXIX.

Al pasar en revista á algunos de los más notables espíritus que han ilustrado el nuevo mundo y hécholos revivir en el antiguo, no habríamos consentido como en una culpa y sólo por obedecer á una estrecha ley de geografía y de método, no recordar aquí al hombre altísimo que, aunque nacido en tierra europea, hízose por sus grandiosos trabajos y descubrimientos ciudadano natural del suelo de Colón, al barón de Humboldt.

Conocimos y visitamos á este hombre universal, á este sabio, enciclopedia viva de las ciencias de la humanidad en todas sus épocas desde la creación del globo, cuando había cumplido ya más de ochenta años, en su modesta casa, solitaria vivienda en uno de los más tranquilos arrabales de la desparramada y silenciosa ciudad de Berlín, ciudad cuartel de las tres armas. Habíase cumplido en 1855 más de medio siglo desde que, siendo ya un sabio de nota, botánico, geólogo, geógrafo, literato, matemático insigne, enciclopedista distinguido, en una palabra, había llegado el barón de Humboldt á Cumaná y visitado en seguida todas las zonas equinocciales del continente desde Caracas á Lima, y desde Lima á Méjico y Vera-Cruz, labor de gigante vertida después en inmensas obras de ilustración y lenguas cosmopolitas ; y sin embargo manteníase recto sobre sus piés de viajero, acentuándose al mismo tiempo en su fisonomía, sus rasgos más salientes, sus ojos profundamente azules en su ancha, nobilísima frente, en sus gruesos labios, característicos éstos de su energía ¿ y por qué no decirlo ? de su orgullo dominante y un tanto egoísta y áulico.

Habíase vestido aquel decano del mundo científico, acatado en todos los países descubiertos del globo, habíase vestido, decíamos, para aquella modestísima visita de estudiante y de admirador, con lo que su ayuda de cámara había encontrado de mejor parado en el fondo

de su baúl, con una levita que no había perdido todavía la virginidad de sus pliegues y un chaleco labrado de terciopelo con flores de relieve, de los que vimos usar á los petimetres de Santiago en 1848, moda que pasó después á los abasteros, en cuyo gremio rige todavía ufana en los trajes domingueros.

Recibiónos el patriarca de la sabiduría de los dos mundos con mucha cortesía en su gabinete de trabajo que era su única sala de recibo, y el cual, reproducido fielmente por la oleografía moderna, ostentaba como su adorno central, más visible, una reproducción en yeso del busto colosal de Francisco Aragó. Todo lo demás eran libros.

Manifestóse el anciano complacido al recordar otra vez como de cuerpo presente á la América, este pedestal de su gloria. Habló del Chimborazo, que él había escalado; de las islas de Chincha, cuyas fábulosas riquezas él había adivinado (sin ser creído) desde el principio del siglo, y por último, de cómo el cuadrúpedo vicuña del Perú se había convertido en bípedo en España, ó vice-versa... Pero habiendo pasado la conversación, sin esfuerzo, de sus viajes en la América española á los que hizo más tarde en la Europa oriental y rusa, empresa científica que entonces yo lastimosamente no conocía, se tradujo en su rugoso semblante una visible sensación de sorpresa y de disgusto, flaqueza de un hombre que no contento con saberlo to-

do, se sentía contrariado porque otros no lo sabían tan bien como él, con relación á su persona.

Por mi parte, siendo entonces muy joven, me sentí humillado delante de aquel grande hombre, y aunque más que su enojo hubiese levantado su bastón, le habría dicho cómo Temístocles: — "Pega, pero déjame escucharte."

En aquellos años de nobles ambiciones que se apagan ya á los comienzos de los humanos desencantos en que cabalgan los años, no me habría sido dable regresar á mis lares sin rendir homenaje al sabio europeo que más había popularizado el suelo de la América, y no haberlo buscado para honrarle me habría parecido un sacrilegio, como si nacido en los tiempos de Cristóbal Colón no hubiese tomado á pechos rendir ante su frente la mía.

XL.

Y ahora ha llegado con esta visita semi-americana y semi-europea, el apropiado momento de prolongar nuestra excursión hacia las playas y ciudades del viejo universo, donde, en la medianía del siglo habíamos de tener la no poca envidiable fortuna de asistir al desfile de muchas inmortalidades encarnadas en verdaderos grandes hombres que ya no existen, y que por lo mismo son más dignas de viva y perdurable recordación.

EN EUROPA.

I.

La ocasión primera en que, pasando sobre el continente de la América del Norte, como por encima de un puente colosal y movedizo, me ví en Europa en medio de seres esclarecidos, fué en torno de una tumba, esta postrera cita de los hombres.

El gran astrónomo Francisco Aragó, que en realidad viviera más propiamente en el firmamento que en la tierra (y de aquí la excepcional grandeza de su alma y de su genio), había caído á mediados de 1853 en su campo de batalla, es decir, bajo la cúpula de cobre del observàtorio de París, de que era director. Se recordará que aquel republicano sencillo é ilustre había, por excepción, conservado su puesto, rehusando á Napoleón III el juramento exigido de baja y traidora fidelidad.

Francisco Aragó había sido, ciertamente, uno de los más grandes espíritus del siglo, y su sarcófago hallábase, por consiguiente, rodeado de todos los hombres superiores que la bota del aventurero emperador recién ungido no había aplastado; pero siendo yo humildísimo espec-

tador y acompañante sin vela ni paraguas en aquel suntuoso entierro interrumpido y mojado por una lluvia torrencial, sólo pude señalar aparte, á virtud de la emoción y de los cuchicheos de los espectadores, tres grandes personalidades contemporáneas: al general Eugenio Cavaignac, al almirante Carlos Baudín y á Horacio Vernet.

Verdad es que la mayor parte de los grandes espíritus de la Francia, esas inteligencias vivaces como las plantas, que poseen las cualidades de la luciérnaga, porque mientras más densa es la oscuridad que los cubre, mientras más hondo es el abismo á que han sido arrojados, mejor brillan en medio de la humanidad, hallábanse todos más ó menos dispersos ú ocultos en alguna escondida sombra. Allí no estaba ni Lamartine, ni Víctor Hugo, ni Thiers, ni Guizot, ni Cormenín, ni Quinet, ni Michelet, ni Ledru Rollín, ni Luis Blanc, ni Julio Fabre, ninguno de esos hombres de la revolución y del derecho que se habían hecho familiares á nuestro espíritu en la mitad del siglo.

II.

Á la verdad, si el general Cavaignac, dictador hacía poco, de la Francia, electo á la presidencia de la república por cerca de dos millones de votos, contra los cinco millones que la imbecilidad de la gente de los campos otorgó al sobri-

no del desterrado de Santa Elena, si estaba ahí, decíamos, presente en aquella ceremonia fúnebre consagrada á la memoria de un gran republicano impenitente, era más como una protesta que como una adhesión.

Tendría entonces el ex-dictador de 1848 unos cincuenta años escasos, y más apuesto soldado nunca ví. No era de gran talla ni su rostro mostraba nada de peculiarmente hermoso, porque su expresión, sin dejar de ser noble y marcial, aparentaba un ceño un tanto adusto iluminado por dos ojos gris verdes como los de los gatos romanos. Todo su talante revelaba, sin embargo, de cuerpo entero y de cuerpo presente al guerrero, al hombre de alma, al hombre de heroísmo. Como hacía frío y llovía, iba envuelto en una capa azul que nos recordaba la de Napoleón en Marengo y Santa Elena, y este traje talar daba á su busto un aspecto estatuario, enérgico y característico de su profesión.

Yo, como admirador y como intruso, me había colocado al lado del sarcófago, bajo la cúpula, y ví que todos los concurrentes acogían al dictador de 1848 con respetuoso acatamiento.

III.

No me pareció que acontecía lo mismo con Horacio Vernet, el gran pintor de batallas del siglo; y esto no por falta de respeto de parte de la muchedum-

bre. sino por esa especie de familiaridad popular que á todos imponen en Francia los artistas, gente llana que alguien ó todos han visto alguna vez vestidos con su blusa de obreros en el taller ó museo. *¡Voilà Horace! ¡Voilà Horace qui arrive!* exclamaban mil confusas voces á mi lado, al ver llegar á un hombre chiquito, cubierto literalmente de brillantes condecoraciones de todos los reyes de Europa y con enormísimos bigotes atuzados á lo Napoleón III en desmedrado y enjuto rostro. Por su parte, el maravilloso pintor de las guerras del primer imperio y de las campañas de Arjel colgadas en inmensos cuadros en las galerías históricas de Versalles, y que á virtud de su pincel, junto con Thiers en la historia, había contribuído no poco á formar el falso oropel del segunimperio, caricatura del antiguo, se escurría por todas partes bajo su paraguas, como Josesito bajo el mate. El pintor de los cuadros más colosales de la época era casi del tamaño de una brocha.

IV.

El almirante Carlos Baudín, el Captor de *San Juan de Ulúa*, cuyo nombre heróico acaba de perpetuarse en uno de los más poderosos acorazados á flote en los mares (once mil ochocientas toneladas), era, por el contrario, un hombre muy alto, sin pelo de barba (en fuerza de la navaja del marino), en cara afa-

ble y sonrosada. El almirante Baudín fué el verdadero autor del proyecto de rescatar á Napoleón del peñón de Santa Elena, que algunos han atribuído fantásticamente á lord Cochrane y á la escuadra de Chile, cuando anduvo aquél cerca de un año perdido en las costas de Méjico (1821.) Más tarde, y bajo todos los gobiernos, alcanzó el almirante Baudín la reputación de un héroe. No tenía sino un brazo, y la manga flotante de su paletot azul, como si hubiera sido un pendón, disimulaba el otro.

V.

Como era natural en un mozo de veintidos años que buscaba en el estudio el desquite de la política, planta que no da sombra sino sarna, como el litre en ciertos climas, el sitio en que érale fácil encontrar con mayor frecuencia hombres célebres ó espíritus sobresalientes era en las aulas que frecuentaba. Así me fué dado conocer y reverenciar en el anfiteatro del Instituto de Francia al venerable M. Jomard, uno de los sabios que acompañó á Egipto á Napoleón Bonaparte para descifrar los geroglíficos de su historia y de sus monumentos ; á Villemain, que á través de los mares había sido nuestro primer profesor de literatura contra Hermosilla y Gil de Zárate ; al gran escultor David d' Angers, hombre de anchas espaldas como sus estatuas heroicas de alto relieve del Ar-

co del Triunfo, y en el cual su tez rojiza y su pelo alazán, al parecer tostado por el fuego del cobre candente, traicionaba al titán del cincel, y por último al compositor Halévy, cuya voz profundamente gangosa no descubría ni de lejos al sublime autor de *La Judía.*

VI.

Era Halévy un hombre ñato, de cara aplastada é incolora; usaba anteojos, y éstos, oprimiendo los escasos conductos de su órgano respiratorio, le impartían los sonidos guturales de la voz que la señorita Adalgisa Gabbi está vengando hoy en Chile con su prodigiosa garganta. En cuanto á Jomard, era un viejecito tan viejo como el obelisco de Luxor, conservado en la plaza de la Concordia de París, llamónos particularmente la atención el que de su áspero paletot verde botella, (estilo Robespierre) sacaba con frecuencia su pañuelo de tosco algodón á cuadros, de los mismos que entonces se vendían á medio ó tres cuarcuartillos para las fluentes narices de los niños en el baratillo de Molina, portal de Sierra-Bella. Los anticuarios se asemejan á las piedras, en que se quedan en la condición en que los encontró la primera estrata, hasta que el martillo á su vez demuélelos, reduciéndolo todo, menos su gloria, á deleznable polvo.

VII.

De M. Villemain, uno de los más elegantes escritores franceses del siglo, sólo diremos que en su aspecto y traje era el hombre de peor talante que hayamos conocido; con los pantalones al tobillo, el frac á media cintura y el chaleco desabrochado hasta cierta cavidad del cuerpo humano que no nos atrevemos á nombrar. ¿Recuerda alguno de mis lectores que haya pasado ya la colina del meridiano de la vida, la singular figura de don Manuel Bretón, no el de los Herreros, sino de los Bretones de la calle de Bretón? Pues haga de cuenta que tiene á la vista en todo sus grotescos detalles al más famoso y al más feo de los literatos de la época de Chateaubriand y Lamartine, que fueron dos lindos hombres.

VIII.

En una de las sesiones anuales que el Instituto celebra bajo la rotunda en que antes estuvo el palacio de Catalina de Médicis, tuve ocasión de conocer á uno de los astrónomos y matemáticos más célebres de su tiempo, á M. Babinet, charlador espiritual, que durante una larga hora mantuvo en perpetua hilaridad á su auditorio, y aun á los más formales y apergaminados de sus colegas. Era por lo demás, un habitante del cielo muy desordenado en la tierra, donde, entre

otras cosas, nos dijeron que no pagaba jamás sus deudas.

Mostróme también en una sesión de la facultad de ciencias á que él pertenecía, el venerable M. Gay, ciudadano chileno y verdadero amigo de los chilenos, á un hombre de genio superior, lumbrera de su siglo, á su tocayo Claudio Bernard, el gran fisiologista y descubridor de los más íntimos resortes de la vida humana. Era un anciano hermosísimo, cayéndole sobre la espaciosa frente, casi hasta los hombros, en espesas guedejas, su blanco cabello, lo que hacía aún más venerable su dulce y franca fisonomía.

IX.

Otro sitio de frecuente reunión para hacerse encontradizo de bravas fieras y de mansos sabios, era el jardín de plantas, cuyo director M. Geoffroy Saint-Hilaire (hijo), encarnación aventajada de la cortesía francesa, así como su amable familia, nos dispensaron, tal vez á causa de la lejanía austral de nuestra lejana y casi ignota cuna, la más bondadosa hospitalidad de aula y de hogar. En materia de seres, mientras más raros, más interesaban á los europeos en las jaulas ó en los salones.

Conocí, en consecuencia, en aquel centro de la ciencia, que brillaba como un reverbero perennemente encendido, al que es hoy decano de todos los sabios del mun-

do, á M. Chevreul, á quien todos los días veíamos llegar á pie, marchando ágilmente sobre la nieve del riguroso invierno de 1854, á su clase de química, llevando coquetamente su larga cabellera peinada hacia atrás y su paletot al hombro, como cualquiera de los estudiantes que le oían, sin embargo de que por estos días (1885) cumplirá su primer siglo, pues que en el año último enteró, sin haber cambiado ni física ni moralmente en nada, noventa y nueve años. M. Chevreul será el Fontenelle del siglo XIX.

X.

Al lado de aquel hombre-monumento veía figurar á todos los grandes químicos de su época: á Dumas, casi tan viejo como él, pero cuya fisonomía cuidadosamente afeitada dábale aires de ser treinta años más joven; á Payén, un negrito que me parecía haber visto muchas ocasiones en Chile bajo el disfraz de un oficial de partes del ministerio de justicia llamado Botarro; y por último, al ilustre Boussingault, que aún vive, creador con Payén y Dumas de la química orgánica, hombre y sabio excelente que por haber servido como profesor en Colombia al lado de Bolívar, de quien fué á las veces ayudante, cobrónos generosa afición, de la que fué partícipe su inteligente y dulce familia. Era ésta oriunda de Alsacia, y á su cariñoso hogar hoy desde tan lejos en el tiempo

(33 años!) y en la distancia (3,000 leguas!), envíale una alma agradecida este recuerdo.

XI.

Oí también de tiempo en tiempo en el Jardín de Plantas las lecciones de zoología de Milne Edwards, sabio eminente que, octogenario, todavía vive (1885), y en cuya figura diminuta y poco favorecida en sus perfiles (era muy ñato), el ojo no parecía discernir nada más allá de la encogida superficie. Por el contrario, M. D' Orbigny, geólogo y geógrafo tan conocido en la América del Sur, autor del *Hombre-Americano* y de muchas obras que han tomado honrosa carta de ciudadanía en nuestras bibliotecas, nos causó por su aspecto colosal y su voz desapacible un extraño efecto de desencanto. Cuando se volvía á la pizarra para trazar sus líneas paleontológicas con la tiza, estirando desmesuradamente su largo brazo, recordábame á los fornidos vaqueros de mi tierra en el acto de arrojar el lazo. Evidentemente, á fuerza de andar entre mastodontes, plenesauros y plesiosauros, le habían crecido los huesos á aquel viajero ilustre que por esos mismos días murió. ¿De elefantíasis, tal vez?

XII.

En las clases de la Universidad de París (que no es el Instituto sino la vieja Sorbona en que estudió su filosofía

Abelardo para enseñarla á Elosía) escuché también las metódicas, entonadas y un tanto peripatéticas lecciones, que mejor sabían á pláticas ó evangelios de San Marcos, de Saint Marc Girardín, uno de los diaristas clásicos de su época, mientras su homónimo de apellido (Emilio) hacía resonar las prensas con su raro y admirable talento de polemista tan impetuoso como versátil. De este inquieto personaje columbré sólo su movediza silueta una tarde, entre dos luces, cual su vida, en que paseaba por las aceras de la ciudad de baños de Arcachón con los hermanos Pereire. Fueron éstos los célebres judíos empresarios de aquel lindo pueblo edificado en media docena de años y por media docena de millones, á contrata.

Alguna vez divisé también allí, en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, al célebre norte-americano Ricord, especialista en enfermedades terribles, hijas de París, capital de las Galias.... Su cara afeitada era plácida y risueña, tal vez como un contraste con las crueles dolencias que curaba, y aunque con mucha frecuencia, casi todos los días, oía hablar de él á extranjeros y á compatriotas, el justiciero lector nos hará el honor de fijarse en que no hemos dicho de él que *lo conocimos* sino que lo *divisamos*....

XIII.

Á propósito de médicos, paréceme oportuno agregar aquí, para beneficio aje-

no, que haciendo un viaje de salud (1870-72) conocí personalmente á muchos Esculapios y en especial á los médicos de diversas aguas termales, que no son ciertamente los de *las agüitas*, y entre éstos al más famoso de todos, M. Constantino James, autor del *Guía popular de las termas de Europa*, libro utilísimo para los viajeros, y en mi caso para las viajeras; á M. Cretin, médico de los Pirineos; á M. Martin Lozère, de Luxeil en los Vosgos, y en seguida como especialista aún más femeninos, al doctor Beauchacourt, en Lyón; en Roma al doctor alemán Stamp, que había vivido en Chile, y en Nápoles al doctor Lippert un facultativo eminente para quien todo el bien y el mal de la humanidad estaba contenido en una cajita de fósforo, es decir, en el fósforo que existe repartido en la naturaleza y con mayor particularidad en el pescado y en el hombre. Según él, la grandeza excepcional de Bismark, su paisano, consistía en que el terrible canciller encerraba más inmensa cantidad de fósforo en el cerebro, teoría que no debe hallarse del todo desprovista de verdad porque el diablo, dueño de las innumerables solfataras del infierno, es sin disputa entre los genios el que se halla más ámpliamente y á más barato precio dotado de tan importante elemento del poder humano.

Según este mismo principio, la mayor parte de los médicos de Europa deben usar con frecuencia el fósforo por-

que noté que algunos pedían á sus clientes dos propinas juntas de á 20 francos cada una, á saber: 20 francos por la visita y 20 francos por la receta, con indicación además de la botica, lo que la ley y el buen tono prohiben en Chile. Generalmente los facultativos europeos, al despedirse cada tarde de sus enfermos, estiran á éste juntas y amablemente las dos manos, una para el saludo—el *à demain!* de la esperanza de recobro—y otra para el napoleón de oro ó para la libra esterlina, lo que quiere decir que, carta de más, carta de menos, "todo el mundo es Popayán."

XIV.

Hemos dicho en otra parte que en el entierro de Aragó no estaban presentes ni Ledru Rollín ni Luis Blanc, estos dos opuestos caudillos del gran trastorno social de 1848; pero á uno y otro conocílos con intervalo de cerca de veinte años en Londres, la ciudad de la revolución universal, siendo *por ahora* la metrópoli más pacífica y mejor ocupada del orbe. ¡Qué contraste el de aquellos dos tribunos! Ledru Rollín era un gigante, y cuando hablaba en público, como yo lo ví, y como lo pintaba Lamartine en su *Revolución del 48*, su rostro atrevido como el de Mirabeau, se amorataba por el raudal rojo de su sangre que de las válvulas del corazón, repleto de pasiones, subía á la garganta presagiando ya

la apoplegía fulminante que le derribó más tarde en tierra, como el rayo derriba á la encina. Luis Blanc, por el contrario, con su cara lampiña, su pequeña, pequeñísima estatura, aunque había cumplido sesenta años cuando en 1870 le ví durante varios días encima de un enorme infolio en la biblioteca del Museo Británico, me pareció más bien que un filósofo y un historiador famoso, un colegial estudiando de prisa su lección. Aquel genio revolucionario, de quien decía en su temprana juventud, el rey Luis Felipe, que le temía más que á una batería de cañones apostada á su trono, parecía al verle en su vejez, un seminarista humilde y apocado, porque tales suelen ser en la mascarada de la vida los extravagantes disfraces del genio.

XV.

Hemos dicho que nunca tuvimos la fortuna de divisar al ilustre Thiers, no porque fuera del tamaño de un granito de anís, sino porque en una gran revista de 100,000 hombres que el gran patriota presidió, después de la guerra en campo de Long Champs dentro del bosque de Bolonia, en agosto de 1871, nos engañó un pícaro pero habiloso charlatán. Estaba éste junto á un trípode repitiendo sin cesar y á todo pulmón: *Venez voir le Président de la république! Venez voir! Ça ne coute q' un sou!* (un centavo); y cuando yo después de de-

jar caer el centavo en el canasto, (porque todo pago de este género en París es anticipado) apliqué la vista al instrumento... no ví nada. El aparato era un simple tuvo de bronce sin vidrio... En cuanto á M. Guizot, que no era mucho más alto que su rival, diviséle en la campiña de Burdeos, camino del Chateau-Margaux, donde él era huésped, desmedrado ya por su última enfermedad pero conservando en su fisonomía la genial estructura de sus líneas rectas y secas de ilustre dómine y sectario. M. Guizot, al pasar, me pareció una estatua de carne disecada. Era un grande hombre, pero como doctrinario no fué cual el ecléctico M. Thiers, un hombre simpático.

XVI.

En reemplazo de esos dos grandes historiadores, visité en Milán, introducido por su librero Branca, en su modesto y risueño hogar poblado de niños y de flores, á otro gran historiador del siglo. Aludimos al ilustre y laborioso César Cantú, que en ese día (era un domingo) asistía á una fiesta que sus nietos y sus hijos le habían ofrecido. Era entonces el autor de la *Historia Universal* (1855) un hombre de sesenta años, compañero de Silvio Pellico, y de las propias ideas ascéticas de este último, puestas tan de relieve, en sus libros de historiador católico; pero parecía estar saliendo apenas de las puertas de la juventud sin

asomarse aún á las de la vejez. Su aspecto nada revelaba, excepto la bondad, terminando sus perfiles acentuados en una barba âguda y enjuta. Conservaba sus cabellos negros y en todos sus movimientos mostraba la soltura de un muchacho, por más que se hallase cargado de cincuenta volúmenes de arduas labores. Como Guizot y como todos los espíritus empecinados y exclusivistas, Cantú, siendo un hombre eminente, no era atrayente.

XVII.

En los salones de la Sociedad de Agricultura de Francia, en la que era admitido como socio que había ganado sus espuelas con un libro, y bajo de las bóvedas de Nôtre Dame á la que asistía simplemente como cristiano, tuve también ocasión de conocer á dos hombres que se habían hecho notables en su época, siendo el último el padre Félix, célebre predicador jesuíta, que el preciso día en que le escuchara hizo un sentido elogio del conde Montalembert que en aquella misma mañana había muerto (en un domingo de abril de 1870.)

El otro personaje á que hemos aludido era el célebre político y politiquero Dupín, á la sazón presidente de la Sociedad de la Agricultura, con tan gráficos colores pintado como hombre de falsía y de intriga por Timón en su libro de los oradores. Era el mayor de los

Dupín un hombre chiquito, pero derecho como un huso, con el pelo ya escaso tejido en red sobre la despejada frente, y su rostro profundamente trabajado por la viruela. En su exterior ofrecía notable semejanza con el general chileno don F. A. Pinto, cuya talla física medía.

Confieso, á la verdad, que poco interés he sentido por estudiar ó seguir ese tipo de hombres; tal vez porque al menos en política todos son más ó menos *Dupines*, especie de escopetas de dos cañones que se disparan con una sola mira, por lo cual rara vez yerran, porque cuando se le escapa un tiro aciertan el otro. En cambio, residían á la sazón en París dos hombres que habría dado mis zapatos (aunque no escasos de remiendos) por conocer :— á Cormenín, que había cautivado nuestra juventud con su libro de los *Oradores*, este Plutarco de las celebridades modernas, más severo que el antiguo, y á Lamartine, que había embellecido tantos días de las primeras emociones con su inventado *Rafael*, con su falsa *Graziela* que no fué pescadora de Ischia gentil sino vulgar cigarrera de Nápoles, y especialmente con sus inmortales, incomparables *Girondinos*, según nuestro juicio el primer libro humano que leerán con mayor encanto los siglos después de los Evangelios, esta obra no del hombre sino de la divinidad. Á Cormenín creí divisarlo un día, y le seguí durante una legua como el discípulo desearía seguir al apóstol, mientras

que al autor de *Jocelín* sólo le columbré muerto y perdonado de fragilidades, cuando su interesante sobrina, la señorita Valentina de Lamartine, mostrónos en su humilde chalet, prestado por el municipio de París, su lecho cubierto de frescas violetas, única fortuna que no le habían disputado sus voraces acreedores. ¡Mísera humanidad que sólo otorga treguas y esperas á estas dos cosas entre las que se mece la existencia de los seres, su lecho y su sepulcro! En el caso presente había otra cosa exceptuada... una corona de violetas.

No será, tal vez, fuera de lugar decir aquí que la señorita de Lamartine había adoptado este apellido sólo por afinidad de respetuoso amor, así como el mismo Lamartine no tuvo en realidad ese nombre aristocrático y casi musical, sino que llevó en la cuna otro mucho más grato á nuestro oído, porque su verdadero apellido fué el de Prat.

XVIII.

El hombre del día en aquel tiempo era Gambetta, pero ni en pelea de gallos le conocimos porque cuando asistí á una sesión de la convención de Versalles, es decir, á una riña de gallos franceses, ni por la estaca afilada ni por el ojo herido de garrocha pude distinguirlo en la rueda ni en el tambor. Mucho hacer fué divisar al Presidente de la asamblea, y hoy de la república, M. Grevy, con su aspecto

apacible de hacendado británico, llevando patillas á la inglesa, á semejanza de un senador nuestro que nunca ha sido dictador ni ha estado en Inglaterra.

Recuerdo todavía que para conseguir mi entrada y la de un amigo chileno á aquella plaza de toros con gladiadores humanos, no me valí de molestos y molestadores empeños, sino que, contra la usanza de mi tierra, pedí directamente nuestros boletos al cuestor del circo, M. Baude, el mismo enérgico guardián que en 1851 habría salvado la asamblea del golpe de estado napoleónico si sus colegas le hubieran dejado hacer, ó siquiera le hubieran creído. Hízonos este buen anciano amable acogida, y hablándonos español, que fué la contraseña. Presentónos también con agrado á un diputado que le llamó al pórtico para algún asunto. Era éste el célebre M. Beulé, autor de la *Vida de los Césares*, libro de inmenso estudio y de gran boga. Beulé era un hombre joven, que peinaba su crespa cabellera rizada hacia atrás, y al mirar cerraba los ojos, al parecer fatigados por la miopía. Fué poco más tarde Ministro de Mac-Mahón, y un día amaneció muerto, atravesado el corazón por tres puñaladas que se había dado él mismo por desencantos de amor ó de fortuna.

¡Cuánto más le habría valido morir como César en el vestíbulo en que estrechamos de paso su mano!

XIX.

Atravesando la Mancha (no la de Castilla, que es de greda, sino la de Inglaterra, que es simplemente el líquido abrazo de dos mares), podría hacer memoria aquí de muchos hombres ilustres, pero á quienes el aislamiento isleño de su patria priva en cierta manera de esa irradiación de propaganda y de popularidad que es propia á las comunicativas razas latinas. Citaré por consiguiente y por brevedad, sólo dos nombres típicos, á Gladstone y á Disraeli, á quienes cierto día (en mayo de 1870) estuve alternativamente contemplando de hito en hito desde las galerías de la Cámara de los Comunes, sentados los dos grandes *leaders* el uno frente al otro, separados por una angosta mesa y al alcance ambos de un apretón de mano ó de un puñete, á su elección. Como un signo característico del parlamentarismo inglés, los dos rivales del último cuarto de siglo se mantenían en plena sesión con sus sombreros (tarros de unto) metidos cuanto les cabían en la espaciosa cabeza; y mientras la mayor parte de los Comunes, sentados de la misma singular manera en sus desordenados bancos, proseguían leyendo y desdoblando con infernal sonajera de papeles el TIMES y el DAILY TELEGRAPH del día, los dos colosos parecían estar midiéndose debajo de los párpados para mejor derribarse. Por entonces Gladstone hallábase enci-

ma del célebre israelita, pero no daba, á virtud de ello, ninguna señal de suficiencia. Su sonrisa era al contrario modesta y el porte de su gran cabeza, que recordaba la de Daniel Wesbter, imprimíale un aspecto de majestad que no tenía sino en su elevado porte su adversario.

El último, mezcla rara de Cromwell y de Gambetta, según alguien hace poco ha dicho, mostrábase aquel día un tanto airado bajo su burdo envoltorio de invierno, y en cierta ocasión, en que necesitó abrir el cajón de la mesa que en la sala formaba las fronteras de los liberales y de los conservadores, para sacar unos papeles, después de recorrerlos volvió á echarlos á su sitio empujando el cajón con un estrepitoso puntapié. En todos los casos del debate, que fué tranquilo, Mr. Gladstone me pareció un *gentleman*, al paso que Disraeli me pareció sólo un judío, y á la verdad que lo era .... Me será permitido recordar además, como cosa gráfica, que los Ministros de la gran Bretaña, como si fueran señores del mundo, sólo se quitan el sombrero cuando hablan, reteniéndolo muchas veces (cuando hablan corto, que es su estilo) levantado sobre sus cabezas como quien da un recado de sirviente á una señora: "Manda decir la señorita, etc., etc." La única diferencia de tono estriba en que la señora del recado británico es la reina.

XX.

Regresando de otro salto á la Mancha (que ésta es la verdadera, porque es la de España y Sancho Panza), añadiré todavía, que al rededor de una tumba (la del ominoso general O' Donnel) ví sentados en una iglesia de Madrid, de cuyo nombre, como el de cierto "lugar de la Mancha," no puedo acordarme, á los que fueron sus compañeros pero que á escondidas fueron sus rivales. Allí estaba el célebre Serrano, duque de la Torre, con su cana cabeza y cara afeitada, excepto el poco gentil bigote gris y recortado; Prim, moreno, enjuto, con barbas y pelo renegrido, asemejándose á muchos generales peruanos, que á orillas del Rimac ó del Sena conocí, y por último, al ex-ministro y futuro ministro, después del balazo que mató al último, don Práxedes Mateo Sagasta, un caballero alto, delgado, peinado á la Capoul, con corbata de punta y prendedor de perlas, muy parecido en su rebuscada *toilette* al excelente ministro de Chile don Manuel Antonio Tocornal, que en la suya diaria, gastaba larga hora y media antes de ir cada mañana á la una del día al ministerio. Los ministros que madrugan en Chile no por esto amanecen más temprano. Los que amanecen en hora adecuada son simplemente los ministros que *se pasan*. Tocornal no *se pasó* nunca. Pero ¿cuál otro no se ha pasado?

XXI.

En cuanto á las lumbreras literarias de la España moderna, veíanse en esa época de trastornos casi todas apagadas, ardiendo sólo los cirios de los túmulos. Quintana hacía poco que había muerto, Núñez de Arce aún no cantaba, Menéndez Pelayo había apenas nacido, Castelar estaba ausente, y cerradas "por falta de número" ó por causa de feriado la Real Academia de la Historia y la de la Lengua. De suerte que sólo pude conocer al famoso diarista de batalla, el valiente demócrata don Nicolás Riveros, que asistía también á los funerales de los guardias nacionales muertos en Madrid por la democracia española, caudillo que por su tez y su apariencia un tanto brusca, me recordó á uno de esos bronceados, nervudos y poco corpulentos mineros de nuestras faenas del norte. Era un Pablo Muñoz andaluz.

XXII.

Por fortuna hallábase en ejercicio la Real Biblioteca de Madrid, y allí conocí en su gabinete á su director honorario, el venerable Durán, el mismo sabio que había rivalizado con Bello en dar á conocer al Cid; al comedido, vivaz y chiquitito don Eugenio Hartzembusch, con su gorrito de terciopelo; al grave crítico Rossel, no menos atento con los visitantes de sus bien poblados armarios. Nuestro

introductor en esos santuarios había sido el famoso anticuario don Pascual de Gayangos, un hombre que por su figura y su cano bigote nos habría parecido un coronel retirado de caballería, si Prescott y Tenor no hubieran ponderado antes su insigne mérito literario, y si él mismo, manifestando su admiración ingenua por don Andrés Bello, no nos hubiera dicho estas militares palabras en su elogio: — "Cuando yo leo á Bello me chupo los dedos."

XXIII.

El Bibliotecario de Sevilla, don José Bueno que nos presentó en su cama de enfermo á Fernán Caballero (Cecilia Bohl) pobre, anciana y recientemente expulsada por los republicanos del alcázar moro donde la reina habíale dado un apartado aposento, nos ofreció igualmente introducirnos á otra ruina de la España literaria, á la señora ya anciana y desemejada que vivía retirada en Sevilla y había sido la mismísima "Teresa." del canto inmortal de Espronceda: "Canto á Teresa." Pero pareciónos más adecuado, á fin de mejor guardar el perfume del sentimiento y del juvenil recuerdo, hacer, respecto de aquella señora, lo que el poeta pidió en su canto: — "Saltarla."

XXIV.

Vivía asimismo en Madrid por esos helados días (diciembre de 1870) la mu-

jer que en el invierno de 1836, y después de su terrible "Noche Buena" (noche que no fué *buena* sino atroz!) hizo morder al insigne Larra la boca de una pistola.

Siempre ellas!

Pero ¿no es por ventura cierto que en casos semejantes se hace por mucho preferible conservar los ideales á la contemplación póstuma de las imágenes todavía vivas pero desfiguradas de quienes fueron ellas?

Como á la Teresa del *Diablo Mundo* salté también, pasando por encima de mi natural curiosidad, la desdichada aparición de la *Noche-Buena.*

XXV.

Atravesando un día (hace más de 30 años) el nebuloso *puente de Londres*, en Londres, sitio dos veces nebuloso, por el río y por el cielo, alguien (Joaquín Fernández Concha) me mostró con el brazo, desde el coche de plaza en que recorríamos la metrópoli de la niebla, á un anciano alto, rugoso, dudosamente vestido y con un fieltro de paño blanco, ó más bien color de niebla y de carbón de piedra, en la cana, despoblada cabeza, que con pasos ya cansados desfilaba por esa acera del inmenso viaducto en medio de aquellos inacabables tropeles humanos que se asemejan á caminos de hormigas. Era aquel raro personaje don José Joaquín de Mora, tan célebre

en toda la América española, que arrastraba todavía, á los 70 años y siempre en extranjera tierra, reñido su juicio y su moral con su inmenso talento, su vida incurable de bohemio. Por supuesto al verle recordé su triste soneto en escarnio de Chile, pero al mismo tiempo vínoseme á la memoria su oda famosa:

"Chilenos, responded; corred al templo
Rieguen su suelo santo
De patriotismo y compasión el llanto"...

Y como él en la tumba de los Carreras, me sentí inclinado á perdonarlo, porque nada hay que sea acreedor á mayor indulgencia que el genio y los extravíos del genio.

El "gallego Mora," según lo llamaron los pone-nombres chilenos de su tiempo, no era gallego, sino precisamente lo opuesto del tipo del céltico en España, porque era andaluz y andaluz de Cádiz, como quien dice ultra-andaluz; y de aquí su genio travieso hasta ser díscolo, fecundo más allá de lo admirable.

No fué tampoco un aventurero vulgar, según se ha creído, porque nació en casa de piedra, hijo de un rico abogado, y porque en la defensa de su patria contra Napoleón fué soldado y prisionero. Ocurrióle esto último, por fortuna suya, porque durante sus destierros en París y en Londres hízose poco más tarde un gran literato, harto más brillante en ese terreno que el estudioso y técnico don

Andrés Bello, que nunca navegó en mares procelosos sino con la sonda en las manos, y á quien Mora precedió en Chile en la enseñanza y en el rimo. Pero su genio aventurero y la duplicidad incorregible de su alma le perdieron en todas partes; y así en los días tormentosos en que le vimos, después de vagar treinta años por el mundo, hallábase pobre, desvalido y desacreditado en Londres, este inmenso sumidero del infortunio humano, esperando oscura muerte que le arrebataría la fama que su rival caraqueño supo pausadamente acumular sobre su tumba y su posteridad.

XXVI.

Y á propósto de los grandes genios, conocí también en Londres, sentándome con frecuencia á su lado, en la mesa redonda de un modesto club, á un anciano, que bajo una peluca negra y sedosa mostraba una fisonomía enjuta, raída, pero singularmente aseada, encima de un cuerpecito raquítico y ya encorvado por los años. Era éste un famoso judío, pero ese judío no se llamaba ni Rothschild, ni Fould, ni Pereire. Era un judío mucho más ilustre que todos esos reyes de los millones, aunque era millonario como ellos. Su nombre era Jacobo Meyerbeer, judío alemán, pero autor del *Profeta*, *de Roberto el Diablo*, y del mayor prodigio universal del siglo y su última obra humana, *Los Hugonotes*,

cuya primera representación en Londres estaba él mismo, conforme á su costumbre, vigilando en persona durante la temporada de 1859. Por la noche recibía las ovaciones de un pueblo enloquecido por el entusiasmo, y por la tarde, después de entalegar las pingües libras esterlinas de la víspera, se iba á comer conmigo, pobre desterrado, en una mesa de tres chelines.... Era un genio inmenso, pero un genio avaro como Víctor Hugo.

XXVII.

En cuanto al intérprete de aquéllas y otras obras exhibidas en aquella época en los teatros de Londres, de París y de Nueva York, diré sólo lo que sentí como primera impresión personal, porque nunca intenté, como tantos otros, ser crítico de arte, es decir, "maestro Ciruela."

Mario me pareció en el *Don Juan* un astro en dulce decadencia y Carlota Grissi, en *Norma*, una luna melo-dramática en su último menguante. La linda y menuda Piccolomini, en la *Hija del Regimiento*, era un encanto, una ave canora en la enramada, mientras que la Alboni, á quien viera en Nueva York con Salvi en la *Favorita*, asemejábase con su enorme corpulencia y su voz divina, por nadie imitada todavía, á lo que entonces se dijo de ella :—á un elefante que se había tragado un canario. Después de ella, Adelina Patti, en la *Traviata*, era ese mismo canario escapado de la jaula (ó de la Alboni ?)

XXVIII.

De las mujeres que ví en el teatro, especialmente en el Teatro Francés, el teatro de los teatros, Rachel me parecía una mujer fea y sublime, un espectro (la tisis la devoraba ya) ronca, aterrante, casi sobrenatural, que tenía en su rostro, en su ademán, y sobre todo en su voz, todos los estertores del horror en la incestuosa *Fedra* y todas las majestades en la *Czarina* de Scribe, escrita expresamente para ella; y era eso de tal suerte, que cuando aquella mujer maravillosa se presentaba en las tablas, no reinaba en el recinto sino el silencio, las lágrimas mudas, el dolor intenso. Rachel era una maga que con un gancho invisible juntaba todos los corazones en uno solo y á su albedrío los hacía exprimir llanto y sangre, arrancando á todo su auditorio hondos é irreprimibles gemidos. ¡ Qué gran trágica, única en el mundo !

Después que el astro se apagó en prematura tumba sólo hemos visto fulgurar sus destellos en la frente de una trágica que en esta tierra no ha sido conocida sino de oídas, Mlle. Pasca, especie de Mlle. Marse, que en 1870 interpetaba los dramas de Sardou en el Gimnasio. ¡Qué admirable mujer ! Alta, flexible, dulcemente morena, bellísima de rostro, variado al infinito su talento en sus papeles, teniendo para cada uno de sus tipos una encarnación diferente, elegantísima, graciosa, y cuando era preciso, fiera y te-

rrible. La impresión que ha dejado en mi recuerdo aquella mujer sin séquito (tal vez porque era honrada como su compañera de teatro, Rosa Cheri y no había dado hijos adúlteros al hijo de Napoleón el Grande), era la de que en su época no había subido jamás á las tablas un artista que le fuera superior.

En su presencia la Ristori me pareció en Turín sólo una mujer buena moza, de voz bien plateada y que hacía muy bien los cuadros plásticos, como en el salón de figuras de cera de Mme. Tussaud, en la calle de Harley, de Londres.

XXIX.

Respecto de los trágicos franceses, estos inimitables cómicos, nada de notable. La-ferrière á los sesenta años llamaba todavía la atención en alguna tragedia de Racine ó de Corneille; y Federico Lemaitre representaba á los setenta, en la Puerta de San Martín, los *Treinta años* de Víctor Ducange, viéndose obligado, para remedar la juventud del jugador, á rellenarse las arrugadas mejillas con algodón, lo que le convertía en triste caricatura de su propia y ya pasada fama. En la tragedia inglesa lo mismo. Carlos Kean, favorito de Londres é hijo de un gran trágico favorito de los ingleses, no era en el *Sardanápalo* de Byron ó en el *Enrique III* de Shakespeare sino una caricatura de su padre; al paso que Forrest y Salvini me parecieron muy supe-

riores por su estatura, su acción y su gesto, no emancipados del todo, sin embargo, de la escuela gritona de Casacuberta y de la Samaniego.

El mismo fenómeno negativo en España: Valero y la Matilde Díaz en la *Campana de la Almudaina*, representada en Barcelona en 1859, gritaban, lloraban y sollozaban, pero no conmovían. La tragedia española está muerta, y Echegaray se ha encargado de enterrarla, no obstante su indisputable talento.

En cambio, Julián Romea, simple actor cómico, por su naturalidad y su escuela, me pareció digno del Teatro Francés, este compendio del mundo moderno y verdadero que el talento hace caber como si fuera una admirable miniatura en cuatro tablas. Agregaré todavía, aunque haya de pecar de descortés á fuerza de ser parco, que interpretando á *Hamlet* Edwin Booth, el hermano del asesino de Lincoln, me pareció muy superior interpretando en Nueva York en inglés á Shakespeare que Rossi en italiano y en Santiago.

XXX.

Por supuesto, durante tres viajes consecutivos verificados en el espacio de veinte años al viejo mundo, lo que más ví fué sus testas coronadas, porque es lo que más se muestra y se luce. Á Napoleón III le confronté en dos intervalos de quince años, y ¡ cuán profundo cambio había so-

brevenido en la estructura física de aquel vulgar tirano eminentemente cínico! Al arrogante impostor del *Golpe de Estado*, al *Napoleón-el pequeño* de Víctor Hugo, había sucedido el Napoleón el gordo de Sedán. En la víspera de la guerra pasaba revista á la Guardia Imperial y á los Zuavos en el gran patio de honor de las Tullerías y al desfilar por delante de las filas al grito monótono y pesadamente maquinal de *Vive l' Empereur!* que proferían las mitades presentando las armas al César, su caballo no parecía llevar sino un atado, una *cutama* hecha con la túnica de César.

Divisé también poco antes de morir, en el palco imperial de la Ópera, á Jerónimo Bonaparte, ex-rey de Westfalia y hermano menor de Napoleón I. ¡Qué admirable semejanza de familia entre aquellos dos corsos! Jerónimo tenía un color moreno pálido como el gran capitán, su misma estatura, y como había perdido el cabello y su boca desprovista de dientes se hubiese hundido, por un momento, me pareció, al divisarle, una evocación de la tumba de los Inválidos aparecida junta al escenario para recibir el homenaje y los aplausos de los vivos y de los sobrevivientes.

Con la distancia de cerca de un siglo del tío al nieto, nos encontramos un día, en la primavera de 1870, con un niño de trece á catorce años, que al lado de un general anciano vestido de civil, se dirigía en un carruaje abierto de la corte al

palenque ecuestre del Palacio de la Industria en los Campos Elíseos, á ver hacer cabriolas sobre un pesado caballo al coronel de la escolta napoleónica de los *Cent Gardes*, M. Very, que, por el costo de un peso á la entrada, daba ese espectáculo, casi ridículo en un jefe, á los desocupados, si bien mucho mejor que él habríalo hecho el capataz de Colmo, Majinio Abarca, en cualquiera de los ágiles potros de su piara. Conocí al niño en lo saludador, porque en efecto era el infortunado príncipe imperial, á quien su preceptor, el general Frossard, antes de hacerse derrotar en Forbach, iba enseñandole.... ...á saludar. La emperatriz era todavía (1870) muy bella, pero sus blancas mejillas dejaban entrever cierta tendencia a reblandecerse, destruyéndole el óvalo del rostro, encanto verdadero de la mujer hermosa, que desde que se opera ese cambio de líneas deja de ser bella.

En cuanto a Plom-Plom, ése no tenía de los Bonapartes sino el plomo con que durante más de medio siglo su raza ha fusilado á la crédula humanidad. Ví á este príncipe y general interino en varias revistas y paradas militares, y aunque no puede negarse que se parece mucho, especialmente á caballo, á su tío el grande, yo, como tipo militar, prefería de lejos al bizarro y simpático mariscal Mac-Mahón. No es éste héroe famoso de encumbrada estatura, según sus retratos ecuestres ó de á pie lo representan. Pero más gentil porte que el suyo, al parecer fun-

dido en molde de elástico acero, nadie en las guerras modernas ha ostentado. Su rostro enérgico parece una roja llamarada, en que sus ojos color záfiro, extremadamente vivos, brillan como dos chispas azules desprendidas del fuego. Es el duque de Magenta un tipo eminentemente simpático, y en una ocasión en que almorzábamos juntos en Versalles, es decir, él al aire libre bajo de un olmo y yo en una de las ventanas del piso bajo del Hotel de los Embajadores, repleto de diputados (junio de 1871), pude observarle á mi sabor y á mi simpatía, á título tal vez de ser ambos oriundos del mismo suelo, porque el héroe de Malakoff — *J'y suis et j'y reste*—es de extracción irlandesa, según su *Mac* lo pregona. Él á su vez, nos miraba con cierta curiosidad (me acompañaba mi excelente amigo Ruperto S. Rubio), tal vez por el *Mac*, tal vez porque no había otra cosa que mirar de más cerca en aquel laberinto humano, mientras que en compañía de otro general hacía el vencedor de Magenta su almuerzo á su manera. Consistía éste en guindas y en leche, y al verlo solver impunemente vaso tras vaso, puñado tras puñado, me preguntaba si este género de hombres, á prueba de indigestiones, como los semi-dioses de la mitología, viven sólo de sustancias que á los simples mortales le darían cada mañana dolores de barriga, y á la larga un final cólico miserere.

Entre otros caudillos militares de la época, ví al mariscal Vaillant, un anciano

de noble aspecto, pero de serviles hechos; al manco mariscal Baraguay D'Hilliers, ya muy viejo, pero todavía belicoso; al mariscal Magnán, un gigante muy parecido á Pezet, el "peruano," que no vino á Chile con el general Viel porque lo sacó de abordo en el Havre una bailarina parisiense, enamorada de su estatura; al mariscal Randón, que era casi una miniatura, y entre otros muchos en fin que no han pasado á la historia, ví en un ferrocarril, al salir de Milán, al viejo mariscal Radetzky, el vencedor de Carlos Alberto de Novara, ágil todavía, á pesar de sus ochenta años, y cubierto con un capote blanco como sus canas. Era un hombre retaco, moreno, de aire modesto, la viva imagen del general venezolano Páez, con sólo la diferencia del poncho del llanero á la capa del felds-mariscal austriaco. En el hermoso paseo de aquella hermosísima ciudad, París del sur, como Viena es París del centro de Europa, me mostrarón también un general bastante joven, vestido de húngaro, que junto á unas damas estaba azotándose distraídamente las fornidas pantorillas con un pequeño rebenque de caballería.

—"Ese es Giulay!" me dijo con voz casi sepulcral un milanés que iba conmigo, porque aquellos visires tudescos hacían temblar sólo con su nombre en esos días de luto á los abatidos lombardos. El soldado húngaro, vestido de chaquetón, como Rosas y como Quiroga, era á la sazón el gobernador militar de la Lombar-

día. Por fortuna Maximiliano servía de moderador en su calidad de virrey político en su castillo de Miramar, del cual salió para el trono postizo de Méjico y el cadalso triste y efectivo de Querétaro.

"Maximiliano non te fidare
Torna al castello de Miramare."

XXXI.

Pero al llegar á la profecía, echamos repentinamente de ver que estábamos tratando de reyes con anterioridad á los soldados, y en consecuencia, y para dejar por entero cumplido el programa y la palabra ya empeñada, referiremos en último término que tuve el altísimo honor (mediante una libra esterlina y una corbata blanca) de divisar en su palco á la reina de la Gran Bretaña y emperatriz de la India y á su real consorte ya muy obeso (1855), agregando que por haber dicho esto, ó algo parecido, quiso un paisano mío meterme á la cárcel en Valparaíso, después de un ruidosísimo jurado, no de honor sino de impreta y de partido; que en París y en Madrid conocí á las dos reinas de España, la reina madre y la reina hija, dos señoras muy gordas, y la hija castellana más que la madre napolitana; que divisé (y casi nos atropellaron con sus briosos caballos) al emperador y á la emperatriz de Austria, que recién casados así corrían á galope su luna de miel, como si fueran los caballos de Febo en el telón de Guido; que

en Ems, y á la luz de fatídicas luces de Bengala, ví entrar triunfante á la ciudad de baños al desgraciado czar de Rusia, Alejandro II, hombre excelente, que todas las mañanas se paseaba por las calles, seguido de un par de gigantescos cosacos, acariciando, como Bismarck, á su perro amarillo, tan grande como sus cosacos ; que en el teatro de Postdam, por el cohecho de un *thaler* que alargué á un galoneado lacayo, asistí al teatro privado de los reyes Guillermos, que se sucedieron el uno al otro, y estuvieron durante toda la cómica representación sentados en la platea con sus esposas y su corte como cualquier hijo de vecino, y por último, que por no haber saludado á la difunta reina de Holanda (que ahora hay otra) en el magnífico bosque de hayas de La Haya, mientras ella paseaba en coche abierto y yo estaba parado distraído en un montón de arena, la escolta de lanceros que iba á su culata casi vuelve bridas para lancearme, como si los Países Bajos hubieran estado todavía bajo la lanza teñida en sangre del duque de Alba.

En contraposición á esta reina, que decían era sabia, oí una misa (misa griega) en el oratorio de la *Kurhause* (casa de sanidad) de los baños de Ems, banca de por medio con la czarina de todas las Rusias, esposa de Alejandro II, el libertador de los siervos, á quien en agradecimiento lo mataron, y madre del fogoso emperador actual á quien, según cuentan recientes crónicas, no domina nadie en

la tierra, sino una mujer, la suya propia, dulce princesa de Dinamarca, como la de Gales y como la de Grecia.

Hallábase la czarina madre en el camino de la tumba, pero su demacrado semblante, trabajado hondamente por la anemia, conservaba todavía los rasgos salientes de su juvenil belleza. Era una señora alta, de facciones delicadas, de aspeto noble, de maneras dulces, y nunca ví soberana tan poderosa que en su semblante y en su apostura lo mostrara menos. La misa del fraile griego, barbudo hasta la cintura y que probablemente era uno de los capellanes de palacio, consistió en una serie de reverencias y genuflexiones hechas, no á Dios ni á su altar, sino á la czarina y á su silleta que allí era su trono.

Por lo general los soberanos de Europa me parecieron hombres chicos empastados de grandes, en que la pasta era todo y el hombre....nada. Las mujeres, como que no nacen al azar al pie del trono, sino que son escogidas entre otros tronos, se muestran por lo común mucho más atrayentes, como acontece á las hijas de Christián XII, rey de Dinamarca y padre de media docena de princesas buenas mozas.

XXXII.

Pero debemos concluír nuestra ya demasiado larga peregrinación, y al hacerlo, en descargo de nuestra conciencia de

hombre y de cristiano, debemos declarar con franqueza que las únicas testas coronadas que en Europa nos inspiraron interés profundo y simpatía personal y verdadera, fueron aquellos dos príncipes, poderosos rivales, que no pudiendo vivir avenidos en la misma casa, se la repartieron, quedando al uno una patria y al otro un mundo.

Habrá echado el lector fácilmente de ver que aludo á aquel héroe saboyano, que sin quitar la cruz de su estandarte, bajó del corazón de los Alpes para hacer la Italia libre, y aquel venerable anciano, héroe de su propia conciencia, de su fe y su deber de pontífice, que aceptando la cruz del destierro impuesta por los siglos, constituyóse voluntariamente prisionero en el Vaticano y allí sublime y cautivo murió.

XXXII.

Yo había divisado por la primera vez á Víctor Manuel poco después de Novara, viudo recientemente de su angelical esposa, que hoy el Papa mismo trata de canonizar, y después en Florencia paseando en su victoria abierta en los bospues del Casino, á orillas del Arno. Era hombre muy feo y de rostro airado, pero tenía la fealdad majestuosa del león que atrae y cautiva por la doble impresión de la nobleza y de la fuerza. Al mismo tiempo había registrado cuidadosamente en el palacio Pitti de Florencia aquella

misma mañana la jaula de aquel león de Saboya, de Novara y de Palestro en cuya última batalla un regimiento entero (el 3º de zuavos francés) al verle cargar á su cabeza con un fusil en la mano, siendo rey, le proclamó en el campo de batalla cabo 1º de sus filas, y así en esa actitud heroica ha sido puesto en una estatua.

Con la excepción del gabinete que el actual, austero y por todos títulos venerable emperador de Alemania, poseía en su pequeño castillo feudal de Postdam, no hemos visto jamás nada más espartano que el aposento de aquel rey conquistador que dormía en un catre de fierro de á seis pesos, teniendo á su cabecera una piel de gamuza de los *chamois* muerto por él mismo en los despeñaderos de los Alpes, todo amontonado en un cuarto sin alfombra, provisto de un ajuar que en su conjunto asemejábase no al de un rey que regía una nación, sino al de un cabo de escuadra que vuelve del combate ó al de un cazador de los Apeninos que se echa sobre la yerba de la montaña.

No era menor la sencillez de Pío IX, que vivía y se alimentaba como un pobre, teniendo en Roma por todo postre una manzana, cual en Santiago, siendo joven, no ostentaba en sus manteles más regalo que una naranja de su huerto. En oposición á la gran mayoría de los retratos que de él han quedado y en los cuales el arte adulador se ha esforzado en revestirle de las majestades de su trono

universal, carecía aquel bondadoso pontífice en sus exterioridades de los brillantes atributos del humano poderío, siendo en él todo modestia y oración. Era de cuerpo pequeño y macizo, de cara ancha y plácida, muy lindos ojos negros y de andar poco agraciado pero humilde. Su única sombra, porque fué su único orgullo, fué Antonelli.

Por las condiciones de su carácter personal y las de su alma y de su vida peregrina, que le había llevado hasta nuestros propios lares, inspiróme aquel santo padre un sentimiento de conmovida reverencia cuando, acompañado de los míos, le ví pocos meses después de su cautividad en Roma (setiembre de 1870), y esa emoción acrecióse ¿ por qué no decirlo ? hasta el enternecimiento de inolvidable gratitud cuando contemplé al venerable anciano, en medio del rumor de sus cardenales, que semejaba casi una reconvención, y de los sollozos de la muchedumbre conmovida, inclinarse al suelo para levantar en sus cansados brazos á tierna hija mía y ofrecerla en alto al Dios de los cristianos, bendiciéndola !....

¡ Ah ! quiera el cielo que esa bendición del pontífice, junto con la del amoroso enorgullecido padre, se prolonguen más allá de la vida y de los años, hasta el día de la cita eterna en el viaje inacabable de la inmortalidad !

FIN.

BIBLIOTECA HISPANO AMERICANA

A. BETHENCOURT E HIJOS - EDITORES.

ACOSTA DE SAMPER (SOLEDAD) (*Colombiana.*) EL CORAZÓN DE LA MUJER [Ensayo psicológico,] rústica fl. 1,25. pasta fl. 1,75 UNA HOLANDESA EN AMÉRICA.

ROMÁN (H. L.) (*Colombiano.*) LA CAUSA CLEMENCEAU. [novela de Dumás.]

SILVA (ANDRÉS A.) (*Venezolano.*) CUENTOS Y TRADICIONES. rústica fl. 0,50

VARGAS VILA (*Colombiano.*) LO IRREPARABLE, narración sobre un hecho histórico. AURA Ó LAS VIOLETAS, novela. EMMA, novela.

SALAS (DR. FEDERICO) (*Venezolano.*) DISCURSOS PRONUNCIADOS EN HONOR DE DON A. BELLO Y DEL DR. D. J. M. VARGAS, pronunciados en la ilustre Universidad de Mérida.

JUAREGUI (PR. J. M.) LA SULTANA DEL ZULIA, Recuerdo de las fiestas de Maracaibo en el Centenario de Urdaneta.

CELEDÓN (PR. RAFAEL) EL PLÁTANO, juguete en verso. fl. 0, 50.

VICUÑA MACKENNA (B.) (*Chileno.*) UNA EXCURSIÓN Á TRAVÉS DE LA INMORTALIDAD.

EN PRENSA.

MONTALVO (JUAN) (*Ecuatoriano.*) LOS HEROES DE LA EMANCIPACIÓN DE LA RAZA HISPANO AMERICANA.

CT
184
V53

Vicuña Mackenna, Benjamin
Una excursión

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 16 03 02 002 1